

PANORAMAS

*Texto de lectura
para 4^o grado*



Precio \$ 1.50

LOLA S. B. de BOURGUET



PANORAMAS

QUEDA HECHO EL
DEPOSITO QUE MARCA
LA LEY 7092.

30.586

PANORAMAS

TEXTO DE LECTURA
PARA CUARTO GRADO

*6. R.
C. N. de E.
Exp: 2852-B/934*

POR

LOLA S. B. de BOURGUET

Aprobado: En Concurso, por el Consejo General de Educación de la provincia de Buenos Aires; por el Consejo Nacional de Educación y por el Consejo General de Educación de las provincias de Santa Fe, Santiago del Estero, Mendoza, San Juan, etc., etc.

2.^a EDICIÓN

EDITORIAL INDEPENDENCIA
CORPORACIÓN ARGENTINA DE PUBLICACIONES DIDÁCTICAS
MORENO 487

BUENOS AIRES

1932



135 X 294

De la misma Autora:

FLOR DE CEIBO (Texto de lectura para
segundo grado.)

AGUA MANSA (Texto de lectura para
tercer grado.)

A LOS MAESTROS

Mis anteriores libros de texto, "Flor de Ceibo" y "Agua Mansa", han encontrado tan manifiesta aceptación por parte del magisterio de la Capital Federal y del interior, que me he sentido estimulada para proseguir la serie con ellos iniciada. Este que hoy aparece, para 4.º grado, bajo el nombre de "Panoramas", es, pues, continuación de aquella labor que encabezó "Flor de Ceibo".

Dada la capacidad adquisitiva del alumno y el objeto de la lectura en este grado, he procurado tratar temas seleccionados dentro del campo panorámico de la vida del niño y de lo que exigen los programas, en forma tal que, a la vez que insinúen útiles sugerencias, sirvan como modelos de narraciones, descripciones, diálogos, etc.

"Panoramas" aspira a ser un elemento ilustrativo para el niño y un instrumento de trabajo eficaz en manos de los maestros, siempre anhelosos de dar un paso adelante en el sentido de hallar en el texto de lectura, cooperación hábil para el desarrollo de su tarea.

Si la acogida que merecieron los anteriores alcanza también a este nuevo fruto de mis horas de trabajo que confío al magisterio de mi país, y si él logra llevar al alma del niño la luz con que el maestro se empeña en iluminarla, estarán satisfechos todos mis anhelos.

LA AUTORA.

PANORAMAS



EL PRIMER DÍA DE CLASE

Un sonoro y rotundo tañir de campanas cruza el espacio a través del país entero. ¿Qué maravillosa sugestión ha podido mover a un tiempo mismo ese tañido armonioso, desde La Quiaca norteña hasta la austral Ushuaia?

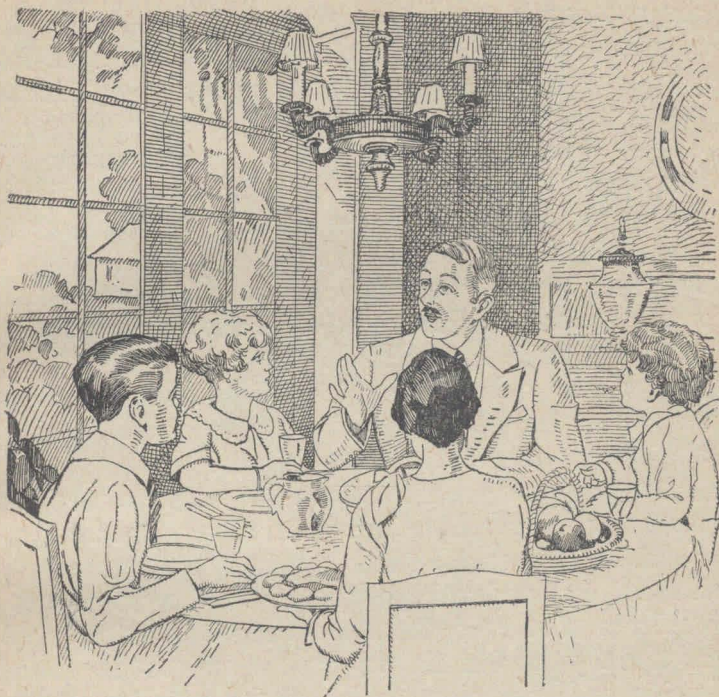
Es que esa campana que suena, abre hoy el recinto escolar para todos los niños de la República; es que desde un ámbito al otro del vasto territorio de nuestra patria, el niño acude de nuevo a la noble tarea para la cual lo convoca el bronce de la escuela.

Un mismo espíritu de ansiedad por el saber mueve las falanges infantiles del norte y del sud; el libro y el aula las solidariza en una íntima comunión de aspiraciones.

Para unos será este día, día de iniciación; para otros, el comienzo de la jornada subsiguiente, en el acercamiento al triunfo definitivo; para todos, la visión de nuevos horizontes, como si la escuela se transformara en una alta torre de superpuestas plataformas, desde las cuales cada día pudiera abarcarse un paisaje más amplio y más bello con nuestra ansiosa mirada.

Hoy estamos en la cuarta plataforma de esta torre luminosa que es la Escuela; ya el horizonte se nos muestra despejado y claro; ya hemos adquirido la costumbre de mirar lejos; pero no alcanzamos todavía a contemplar todo el vasto panorama que nos reserva la última plataforma de la torre.

Seguid, niños míos. Día tras día, hora tras hora, desde este momento en que corréis al primer llamado de la campana, ascenderéis en saber, escalaréis la torre, y al final os sentiréis satisfechos de la presente jornada y ávidos de una nueva que os lleve más arriba.



CUADRO FAMILIAR

Después de varios meses de ausencia, el padre de Miguel acaba de llegar al seno de su familia. ¡Figuraos la alegría de la madre y de los tres hijos! La casa entera parece reflejar el íntimo regocijo de sus moradores; y a la hora de la cena, la mesa adornada de flores, es como una bienvenida cordial de las cosas, ofrecida al viajero.

El haz de la familia vuelve de nuevo a ajustar sus lazos de unión y de cariño. He ahí al padre,

ala protectora para los suyos, guía y sostén, todo al mismo tiempo. Ama a sus hijos, los alimenta, los precave contra enfermedades y peligros, los educa, prevee sus futuras necesidades, los encamina hacia el bien y les da su propio ejemplo de honradez y rectitud. ¿Y la madre? Eje de la familia, guardiana del hogar, fuente de abnegación y de dulzura, la que vela, la que estimula, la que guía, la que sostiene, la que premia, y la que perdona... ¡La madre! ¡Como si dijéramos lo excelso, lo sagrado, lo purísimo de la familia!

¿Qué no deberán ser los hijos, si sus padres responden así a las obligaciones que les dió Natura, al ponerlos frente al núcleo familiar?

Los veremos encaminados en la vida por sendas rectas y seguras, primero criaturas obedientes, después jóvenes laboriosos, más tarde padres de familia con todas las virtudes del hogar en que nacieron. Así la cadena se extiende, el círculo se agranda y la familia va prolongándose de generación en generación, en la infinita sucesión de los tiempos.

En esto piensa el padre de Miguel al abarcar con la mirada el grupo risueño de los tres niños y la serena y jubilosa faz de su compañera. Su corazón se ensancha, entonces, rebosante de paz y de cariño, hacia aquellos seres que constituyen la felicidad de su existencia.





AGUA DEL CIELO

La lluvia cae como una bendición sobre campos y jardines.

Nunca el agua de riego que tomamos de pozos o de aljibes, ni aun la que corre por las acequias y canales, desde el río lejano, tiene para las plantas la bondad fecundante de la lluvia.

Esta, que fué también onda de río, linfa mansa de arroyo o espejo azul de laguna, se hizo vapor un día, bajo los rayos del sol, y desligada del suelo,

subió en forma de nube, para flotar como un velo en la inmensa cavidad azul del infinito.

Pero un cambio de temperatura allá arriba, una corriente de aire frío, deshizo el encanto: la nube desgarró sus tules y se precipitó a la tierra en violenta masa de agua.

Al caer, atravesó capas atmosféricas que la cercieron, para devolvérsela en beneficioso riego. ¡Regalo magnífico de Natura!

Formaron las gotas cristalinos collares en las hojas; resbalaron por los troncos como largas arracadas de perlas, temblaron en los pétalos de las flores como chispas de rubíes y esmeraldas, y se infiltraron por fin en la tierra, para vivificar las raíces de los árboles y de las matas.

Mañana, todo el campo, trigales y amapolas, monte y jardín, se vestirán de verde brillante y se adornarán de colores vivísimos, en acción de gracias a la lluvia benefactora; y el labrador, el hortelano y el jardinero, exclamarán alborozados:

—¡Bendita seas, agua del cielo! ¡Cuánto bien nos haces!



LA PATRIA

¿Sabéis lo que es la Patria? Es lo que flota
en el pliegue gentil de la bandera;
es del himno marcial, épica nota;
ritmo vibrante de canción guerrera.

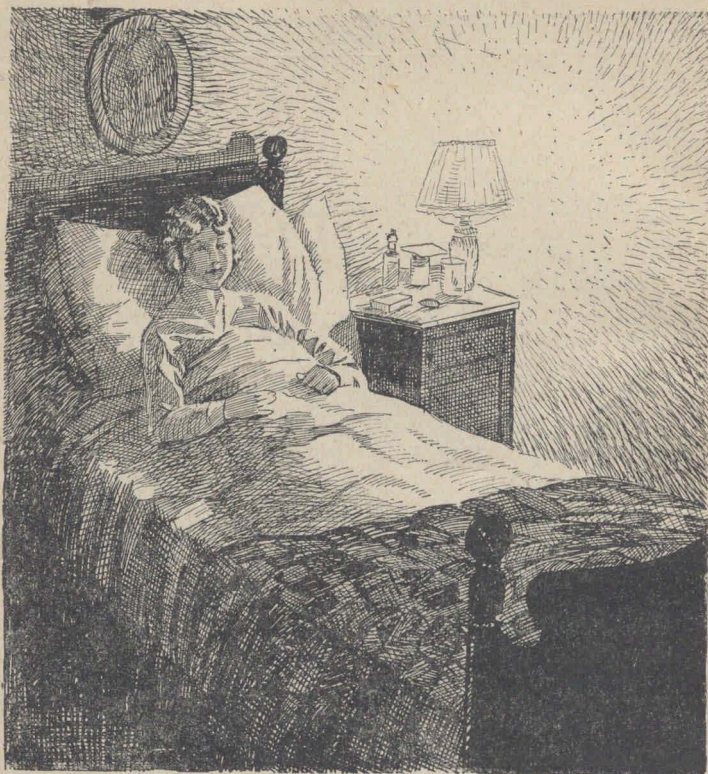
Es el cielo que cubre nuestra cuna;
el calor del hogar que nos ampara;
la caricia fecunda de fortuna;
la luz del sol, esplendorosa y clara...

Es batir de sonoros atambores;
es anhelo supremo de grandeza;
es corona de robles triunfadores
en torno de simbólica cabeza...

Es imagen ideal que el hombre lleva
como eterna visión dentro del alma,
es tradición de gloria, siempre nueva,
escrita en hojas de laurel y palma.

Para mí es el símbolo bendito
de Libertad y Unión, fecundo lema
que señala su ruta en lo infinito,
del frigio gorro bajo el sacro emblema.





LA MAQUINA MAS MARAVILLOSA

María Elisa se siente hoy un poco indispuesta, y su mamá la obliga a quedarse en cama.

—Tu indisposición pasará pronto, — díjole; no es sino consecuencia de algún exceso en la comida. La máquina humana es delicadísima, hija mía.

—¡Qué fastidio, mamá! Pero ¿podré leer en la cama?

—Preferible sería que te mantuvieses en reposo. Suponte que una pieza de la maquinaria ande mal, ¿por qué forzarla a trabajar?

—Me gusta esa comparación, mamá. ¿Consideras que somos como la maquinaria de un reloj?

—No tomes la semejanza al pie de la letra; pero observa cuán prodigioso y complicado es el funcionamiento de nuestro organismo. Considera el aparato respiratorio, con los pulmones como fuelles en constante función; el digestivo, como una fábrica en que se separa cuidadosamente lo que sirve para nuestra nutrición de lo que por no utilizarse debe ser expulsado de nuestro cuerpo; el sistema circulatorio, que lleva a través de una red infinita de tubos, la sangre que impulsa el corazón y que es savia fortificante del organismo; el muscular, que efectúa los movimientos y coopera a nuestra comodidad; el nervioso, que coordina todas las funciones y el que, por medio de finísimos hacecillos, comunica el cerebro y demás centros con el resto del cuerpo. Pero veo que te fatigo contra mi propio consejo; descansa, ahora. Voy a prepararte un alimento ligero.

La mamá se retiró, y María Elisa repasó mentalmente lo que acababa de oír, deduciendo de ello que nuestro cuerpo es la más perfecta de todas las obras concebibles.



PANORAMAS

¿Os agrada contemplar, desde la cómoda butaca de la sala de espectáculos, la sucesión de bellos paisajes en la blanca pantalla cinematográfica?

¡Gran placer es, en efecto, admirar la obra de la Naturaleza y la obra del hombre en esas manifestaciones de la vida de todo el mundo, que la proyección reproduce para nuestra ilustración y

nuestro deleite! Pero, no es tan sólo esto lo que puede provocar nuestra admiración y nuestro regocijo; en derredor nuestro, a derecha e izquierda, todos los días podemos descubrir panoramas tan variados como aquéllos, cosas nuevas tan interesantes, enseñanzas tan provechosas, movimientos tan complejos.

La vida no es más que una sucesión de estos panoramas pintorescos; con tal de saberla observar, ella nos ofrece junto con inefables impresiones, un precioso caudal de conocimientos.

El hogar, los padres, la escuela, los compañeros, los libros, las mil cosas que sirven a nuestra comodidad y que sin detenernos a pensar en ellas nos parecen sin importancia, ¿qué son sino cuadros presentados a nuestra comprensión y a nuestra noble curiosidad, por la vida de todos los días? Detengámonos a observarlos, y en nuestra casa, en el amor de nuestra madre, en el afán laborioso de nuestro padre, en la comprensiva austeridad del maestro, en la cordialidad del amigo, en la bondad llana del compañero, tendremos ya una variada serie de panoramas dignos de nuestra atención. Y si de las personas pasamos a la Naturaleza, ¿qué decir del maravilloso salto de la cascada, del vuelo ágil de los pájaros, de la planta que crece, del árbol que da frutos, de la flor que se convierte en semilla, del sol, — fuente perenne de luz y de calor, — del mar inmenso, del río, de la montaña y de cuantos prodigios naturales aparecen ante nosotros?

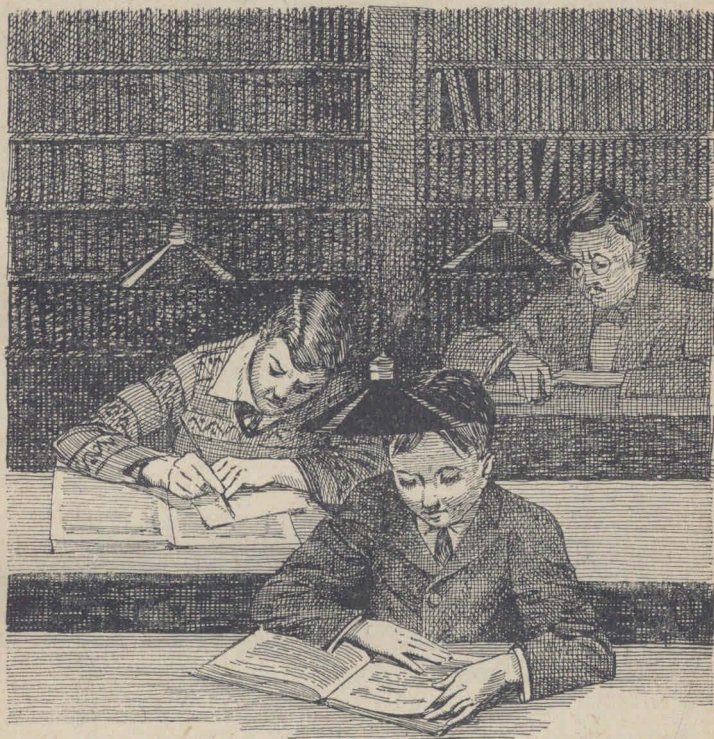
Y aun queda para nuestra observación el vasto panorama de la ciencia y de las artes.

¡Cuánto nos puede interesar el minúsculo alfiler

cuya complicada fabricación pasa inadvertida para nuestra cotidiana despreocupación, al usarlo! ¡Qué sucesión de trabajos y de pensamientos no ha exigido la creación de ese palacio frente al cual pasamos, sin mirarlo, todas las mañanas! ¿Y la maquinaria portentosa que interviene para darnos el diario que desdeñamos una vez leído, o el libro que llevamos entre los útiles escolares?

Todo debe ser objeto de nuestra observación, niños míos; lo que nos rodea es el panorama maravilloso que la vida despliega ante nosotros para nuestro placer y nuestra enseñanza; sed curiosos de sabiduría y preguntad sin cesar sobre ello, para comprenderlo y penetrarlo. Sólo a ese precio llegaréis a poseer un tesoro de conocimientos preciosos, de mayor valor que el rico caudal del multimillonario mimado por la fortuna.





EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

El interior del gran salón estaba iluminado por la luz eléctrica que caía sobre las mesas de lectura y por la suave claridad de la claraboya central. Un silencio apenas interrumpido por murmullos rápidos, imponía una especie de respeto religioso.

Emir avanzó, un poco cohibido. Había llenado una boleta al entrar, y en ella solicitaba un libro que le recomendará su maestro.

Buscó el asiento que le pareció más conveniente, y guardando un continente recogido, como si se sintiera frente a algo superior, aguardó en silencio. No tardó un empleado en entregarle el volumen requerido; pero Emir demoró en abrirlo. Su mirada recorría el salón, que tiene algo de templo, y los anaqueles que corren a lo largo de los muros, conteniendo obras sobre todo lo que el saber humano puede abarcar.

Las mesas de lectura congregaban en su torno gran número de estudiosos; éste hojeando un grueso diccionario, aquél tomando notas sobre temas científicos, el de más allá engolfado en la lectura del libro que pidiera. Emir sentía flotar en torno suyo, el afán de saber que parecía desprenderse de todas aquellas personas, bajo el silencio propicio a la meditación y a la paz espiritual.

Desde el estrado central, el busto de Mariano Moreno parecía fijar la mirada en los lectores que ocupaban la sala. Emir creyó ver una sonrisa de satisfacción iluminando el rostro de mármol del ilustre fundador de la Biblioteca, y le pareció oír una voz, que no podía venir sino de aquella figura, la que le decía:

“Estudia, niño; la vida entera es corta para aprender cuanto debemos, en bien de la patria, de los demás y de nosotros mismos”.

Y Emir abrió su libro, rendido al noble influjo del espíritu inmortal que preside las tranquilas tareas de la mente, en la Biblioteca Nacional.



LA BANDERA

¡Cante la voz sonora del torrente
con el vibrátil ritmo de sus aguas,
la leyenda del héroe
en la ascensión triunfal de la montaña!
¡Cante el bosque de robles seculares,
violado en el secreto de sus calmas,
la gloriosa epopeya
tejida en las guirnaldas de sus ramas!
¡Cante el cóndor andino,
el rey soberbio de la cumbre helada,
el himno que escuchara sorprendido
en la silente paz de su atalaya,
cuando flotó en la cima,
envuelta en el fulgor de una alborada,
como un girón de cielos y de nieves,
la gloriosa bandera de la Patria!

¡Ave! ¡Paño triunfal, peplo inviolable
que el seno cubres de la tierra amada!
¡A ti mi canto, a ti mis aleluyas,
a ti el eterno vibrador hosanna
del pueblo que cobijas
con la materna sombra de tus alas!





LOS PAJAROS

La arboleda teje su verde follaje formando una vasta enramada. Por sus intersticios, el sol arroja sobre el tapiz de hojas secas, recortes de oro brillante, para que jueguen las hadas y los genios del bosque.

La estación de las flores y de los pájaros, infunde

a lo creado una animación extraordinaria. Los arroyos parecen más lípidos y murmurantes; las rosas más perfumadas, las aves más canoras y los árboles más verdes y frondosos.

En todo el bosque hay una actividad laboriosa, desbordante; cada pajarillo se afana en la construcción de su hogar y muchas ramas sostienen el comienzo de un nido. Los obreros, que a ratos tejen las briznas, alternan sus ocios con charlas y quejas: son gorriones nerviosos, petirrojos elegantes, urracas revoltosas, torcazas quejumbrosas y, también, horneros que amasan con barro sus sólidas viviendas...

¡Qué algarabía! ¡Cómo resuena el bosque con las voces de los pájaros!

—¡Aquí! ¡Aquí! grita el gorrión dirigiendo la colocación de sus materiales.

—¡Ay! ¡Ay! chilla la urraca. ¡Tenemos hormigas! ¡Hormigas! ¡Hormigas!

Y la queja alargada se imponía sobre el vocerío gárrulo de las demás aves.

—¡No la veo! ¡No la veo! se desespera más allá el benteveo, tratando de descubrir a la compañera que debía aguardarle en la horqueta que cimenta el nido.

—¿No ve usted? ¿Puede entenderse uno en este infierno de gritos? ¿Puede pensar, acaso? ¡Se necesita paciencia! ¡Esto no es vivir! Yo estoy enferma; estoy mareada... mareada... Y la rezongona torcaza se contonea al decir ésto, afectando gran disgusto y extrema contrariedad.

El hornero conciliador trata de lograr un poco de silencio pero la algazara no cesa. El triunfo de

la paz, sobre aquel alborotado congreso, debía corresponderle a la cotorra, que exclama:

—¡Basta! ¡Basta, digo! ¿No podéis imitarnos? Nuestra casa tiene cincuenta habitaciones y cada habitación sus habitantes, y nadie molesta al vecino... ¡Gritáis demasiado! ¡Gritáis sin necesidad! ¡Qué horror!

Así parecían charlar los pájaros, y tan áspero fué aquel *horror* final, semejante al violento chirrido de una piedra de amolar o al de un gozne herrumbrado al girar sobre sí mismo, que la población del bosque quedó en silencio, alarmada y confusa...

Cuando en una mañana de primavera se os ocurra penetrar en la umbría de la arboleda, poned el oído atento a las voces de las aves y las escucharéis en sus charlas amistosas o en sus quejas rebeldes, como un vecindario alborotado y activo que comentara al aire libre sus asuntos domésticos.



UN ALTO EN EL CAMINO

Un estampido sobrecoge de terror a los ocupantes del automóvil, que temen haber sido víctimas de un atentado con arma de fuego; pero inmediatamente vuelven a la realidad, al notar la marcha dificultosa del vehículo y los esfuerzos del conductor por detenerlo.

No hay duda ya de que la explosión de un neumático ha sido la causa de la alarma. Descienden del coche para presenciar el cambio de la cubierta y ayudar, si es necesario.

Todos han contemplado aquella masa de caucho que, merced a su industrialización, tantos y tan útiles servicios nos presta, y cada uno ha reconstruido mentalmente las tareas, desde su obtención hasta el momento de ser colocada en la llanta.

Alberto, seguramente, quiso seguir el mismo proceso; pero ignorándolo, preguntó a quienes le rodeaban:

—¿De dónde proviene el caucho?

La hermana mayor, alumna de tercer año de una Escuela Normal, satisfizo su curiosidad diciéndole:

—El caucho es un producto de los climas cálidos. En los bosques de Bolivia, Brasil, América Central y la India, las caucheras o árboles de la goma ofrecen su riqueza a la explotación industrial.

La vida de los hombres que extraen el caucho, es durísima. Imagínate un clima tropical, terrenos pantanosos, fiebres palúdicas, fieras, reptiles ponzoñosos y aislamiento casi completo, porque los centros civilizados quedan a grandes distancias. Los caucheros, indios en su mayoría, recogen en vasijas el jugo gomoso que destila cada árbol, de una herida practicada en la corteza. Luego lo arrojan en grandes cubetas y con una especie de palas de madera baten el líquido gomoso y le van dando la forma de una gran bola semisólida. El aire y el sol endurecen esa goma y así se exporta

a los centros fabriles, donde por medios industriales adaptan el caucho a sus numerosas aplicaciones.

Alberto continuaba mirando inmóvil la cubierta destrozada y ante su vista desfilaban las caucheras, los obreros, los técnicos, los industriales, etc., que contribuían con su esfuerzo o capacidad a arrancar a la naturaleza su materia prima, para convertirla en poderoso auxiliar del hombre. Era aquello un milagro del trabajo y la inteligencia.



CONTEMPLACION DE UNA NOCHE ESTRELLADA

El cielo azulado oscurísimo, parecía estar más cerca que nunca de nuestras cabezas.

Hubiérase dicho un dosel de terciopelo cuajado de innumerables chispas de brillantes.

La Vía Láctea cortaba el espacio como un camino nevado.

Jamás me había sido dado contemplar tan claramente las maravillas estelares. Era una noche de enero, serena y perfumada, en pleno campo,

de manera que la mirada podía pasearse entre aquella belleza, con el deleite de quien recorre un jardín sin par.

Cerca de la constelación de Orión, refulgía una de las más hermosas estrellas de la noche: Sirio, cuyo brillo supera al de cualquiera otra; y diseminadas en todas direcciones, las que han sido bautizadas con diferentes nombres y cuyo estudio interesantísimo llena el alma de infinito pasmo, ante la perfecta y eterna maravilla del Universo.

Bajo la luz difusa de los astros, en esa semi-claridad que derrama el resplandor estelar, más suave que el de la luna, el perfume de los treboles en flor subía como una ola de incienso.

Y en la extensión abierta del campo en silencio, el grito perdido de un tero, el chillido de una lechuza, el rápido revoloteo de un pajarillo en la copa del árbol cercano, rompían como palpitaciones de vida, aquella dulce quietud de ensueño y de belleza.

¡Noche de paz! ¡Noche de suave y perfumada calma, frente a la armoniosa marcha de los mundos que ruedan en el espacio! ¡Que tu sosiego augusto nos acompañe siempre y nos permita comprender y apreciar mejor la infinita grandeza de las cosas creadas por mano invisible y maravillosa!

EL CANARIO Y EL PAVO REAL

(Fábula)

Lugar: un patio florido.
Personajes: en su jaula,
un pardo canario inquieto
que de hierro en hierro salta,
y un pavo real majestuoso
de plumas tornasoladas,
cuya cola en abanico
despliega con pompa ufana
luciendo flores de fuego
por el propio sol bordadas...

Canta el canario dichoso,
hincha la rica garganta
trocada en divina orquesta
de flautas, violines y arpas.
Embriagado con sus trinos
mueve temblante las alas,
yergue la breve cabeza,
olvida hierros y jaula,
y al aire da sus tesoros
como una lluvia de plata,
ya en arpegiados gorjeos,
ya en armoniosas romanzas...

El pavo real le dirige
con agria voz la palabra,
y le dice:

—Me parece
mucho ruido para nada.

Que tienes buenos pulmones
demostrarlo no hace falta,
ni que tu entusiasmo a gritos
promueva tanta algazara...
No te darán más alpiste
ni te harán lucir más galas,
todos los cantos del mundo
con que aflijas tu garganta...
Si alguien en el patio reina
no eres tú, el de capa parda
sino yo, el de cola abierta
con flores de oro bordadas...

*Tal suele la estulticia,
sobre el mérito echando la injusticia,
pretender el aplauso para el traje
y al arte condenar con vil ultraje.*





HONRADEZ

Cuenta un famoso poema que tiene casi mil años de antigüedad, que había en España un guerrero valiente y envidiado, a quien un rey injusto desterró de sus comarcas, ordenando que nadie fuera osado de darle pan ni agua ni techo, en todos los límites de sus tierras.

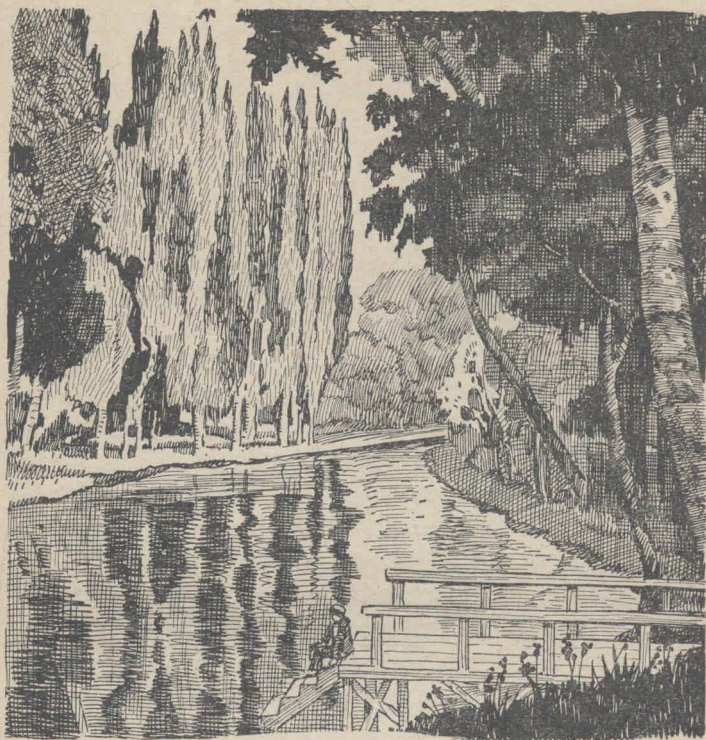
Este guerrero, llamado el Cid Campeador, tenía

tanta fama de honrado como de valiente. Como el destierro lo dejaba sin patria y sin hogar, obligóse a guerrear contra los moros, que por entonces habían invadido el suelo de España. Con un grupo de amigos y parientes, dispúsose a la lucha, mas ¿de dónde sacar el dinero necesario para pagar armas y soldados?

En trance tan angustioso, inventó el Cid una estratagema, confiado en sus éxitos futuros. Llenó un arca pequeña con guijarros del camino y la cerró y selló con sus armas. Así asegurada, confióla a dos fieles amigos y la envió a casa de uno de los más fuertes prestamistas de Burgos, pidiendo que sobre tal garantía, le fuera prestada una suma determinada de dinero.

Más tarde, los triunfos del ilustre guerrero le devolvieron honores y riqueza, y el arca colmada de guijarros fué rescatada por él, y el préstamo devuelto con religiosa exactitud.

He aquí cómo las acciones nobles, una conducta limpia, el cumplimiento leal de las promesas y el respeto por la palabra dada, pueden valer tanto como una arca llena de las joyas más preciosas. Y esto, lo mismo en el tiempo viejo, que en el presente.



LAS BELLEZAS DEL DELTA

(De "El Tempe Argentino")

Tiempo hacía que yo me ocupaba en el cultivo de una de las bellísimas islas del Delta. Una hermosa mañana de otoño salí de mi choza al amanecer, a dar un paseo por mi posesión. Caminaba lentamente, ya atravesando plantíos de jóvenes frutales que me presentaban sus primicias, hermoseedas con

el lustre del relente; ya siguiendo las sendas umbrosas del monte, donde las aves que acababan de despertar, saltaban de rama en rama, haciendo caer sobre mí una lluvia de rocío; ya abriéndome paso por la espesura y vagando sin sendero.

¡Qué enajenantes descubrimientos! ¡Arroyuelos serpeando por entre espadañas coronadas de blancos penachos y de pintados pájaros, durazneros abrumados con sus frutos en grupos rubios y carminados, hermosos panales colmados de miel. . . ! ¡Oh! ¡Qué dicha el descubrirlos por primera vez! ¡Qué gusto andar por sendas desconocidas trazadas por el apacible capibara, contemplar aquellas vertientes de aguas cristalinas, a cual más sinuosa y bella; encontrarse sorprendido bajo una rústica glorieta que siglos haría esperaba la primera visita del hombre y allí, sobre su alfombra de musgo, intacta aun, tenderse a reposar y enajenarse con el recuerdo de las emociones de aquel día!

A cada paso se ofrece un objeto nuevo, una planta, un insecto, en que se descubren nuevas maravillas que tienen al espíritu en incesante función.

La Naturaleza, infinita en su variedad y portentosa en sus obras, ofrece al observador una fuente inagotable de goces intelectuales, que jamás terminan en la fatiga o el hastío de los placeres de los sentidos.





LA CONCIENCIA

Un pichoncito de churrinche se había caído del nido a causa del fuerte viento de la mañana. Enrique lo recogió al cruzar el parque, y como el nido estaba en la horqueta de una rama, muy pronto lo volvió a su muelle y tibia cuna. Los padres andaban por las inmediaciones y, cuando Enrique tomó otra vez su camino, los oyó revolotear en torno de su cabeza, cantando regocijados, como si le dieran las gracias por su buena acción.

Durante todo el día el recuerdo de este pequeño

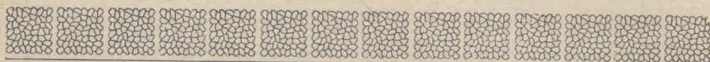
incidente acompañó al niño. A veces se detenía en mitad de una lectura y le parecía oír el canto de los pajarillos agradecidos.

—¡Es singular! se dijo; siento dentro de mí una honda alegría cada vez que me acuerdo del churrinche salvado... ¡Y me acuerdo a cada momento!

Por la noche, en la mesa, Enrique contó a sus padres el episodio que tan profundamente impresionara su espíritu, no obstante su aparente puerilidad; y el padre le dijo:

—Lo mismo que este grato acontecimiento vuelve a tu memoria y te llena de alegría inefable, una mala acción se te presentaría a cada instante para colmarte de pesar. Ese sentimiento íntimo que aprueba o reprocha nuestros actos, que nos los pone delante para alegrarnos o entristecernos, nace en la conciencia, que es el secreto juez que todos llevamos dentro de nosotros mismos.

El que no escucha su voz no podrá encontrar el verdadero camino de la felicidad, pues no sabrá distinguir el bien del mal.



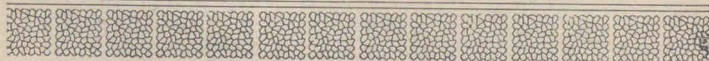
25 DE MAYO

¡Fecha de libertad! Yo te saludo
de nuestra historia página primera,
que estás como aureolando nuestro escudo
y bordando de Sol nuestra bandera!

¡Inolvidable fecha redentora
que iluminó la gloria de cien grandes,
como ilumina fulgurante aurora
las nieves eternas de los Andes!

Yo te siento en mi ser; en ti abroquela
mi ansia patricia sus afanes nobles,
y al prenderme la azul escarapela
pienso en coronas de triunfales robles!

Y pienso en ser, para imitar un día
a los virtuosos hombres de la Historia,
un hijo digno de la Patria mía
y un laborioso obrero de su gloria...!



MARIANO MORENO

Este esclarecido patriota, secretario de la primera junta de gobierno creada a raíz de los sucesos del veinticinco de mayo de 1810, es la figura más brillante de aquel grupo de hombres eminentes que tomó sobre sí las responsabilidades del movimiento emancipador de nuestra patria, en su hora inicial.

Patriota de corazón, orador fogoso, estadista enérgico y sutil, voluntad puesta por entero al servicio de la idea libertadora, este hombre eminente fué el nervio de la Revolución, en aquellos primeros y difíciles momentos. Mientras Saavedra identificaba, en el seno de la junta, el poder militar, Moreno representaba el pensamiento, el espíritu, la verdadera orientación ideológica del movimiento; el primero era el brazo ejecutor; el segundo, la cabeza pensante.

Rápida, casi fugaz fué la acción de Moreno en el gobierno de la joven nacionalidad, nacida al grito redentor de Mayo, pero fué tan luminosa como para hacer imperecedora su memoria en las páginas de la Historia y en el corazón de sus ciudadanos.

La muerte le sorprendió en el mar, cuando se disponía a cumplir una misión oficial en el extranjero. Su nombre glorioso perdurará en los siglos, como el de un fiel y abnegado servidor de la patria.



HERMOSO CORAZON

—¿Recuerdas, mamá, que una vez te hablé de una compañera de colegio a quien el médico recomendó pasara una temporada en el campo? Pues esa niña no podrá hacerlo porque carece de recursos y no tiene ni parientes ni amigos que vivan fuera de la ciudad.

—Lo recuerdo perfectamente.

—He estado pensando en algún medio para

ayudarla. ¿Qué te parece si escribiese a tía Teresa? En la hermosa quinta que ella tiene...

—¿Querías que tu amiguita pasase las vacaciones en casa de tu tía?

—En eso he pensado. ¿Me permites que le escriba?

—Haz lo que quieras. Tal vez tía Teresa consienta, en cuyo caso habrías contribuído a hacer un gran bien a tu amiga.

La niña, loca de contenta, besó a su madre y corrió a escribir la siguiente carta:

Buenos Aires, 15 de enero de 1929.

Señora Teresa Romero de Kelly

Luján.

Tía de mi alma:

¿Estás, como siempre, dispuesta a poner todo tu gran corazón al servicio del que necesita de ti? ¿Quieres que entre las dos hagamos feliz a una niña que mucho se lo merece? Pues, ya puedes estar contenta, porque he contado contigo y con tu amor a los demás, para interesarte en favor de una amiguita a la que el médico exige pase un mes en el campo, y que carece de recursos y de amigos o parientes a quienes dirigirse.

Te ruego, tía querida, que la recibas a tu lado como a mí misma; que la mimes un poco porque no tiene mamá y la abuelita es muy severa con ella.

Si me dices que aceptas, amable tía, Alina (mi amiguita) saldrá tan pronto como lleguen tus noticias, y tú habrás dado un día de júbilo a tu sobrina que te abraza mil veces.

Delfina.

Preguntaréis ¿qué contestó la tía? Pues, que volara a su lado la niña enferma, que así servía para descubrirle el hermoso corazón de su sobrina.



EL TERO

Del nombre un poco largo de teruteru, sonido onomatopéyico del grito de alerta de esta zancuda, se ha derivado el de tero, con que conocemos a la linda avecilla, vestida de plumaje gris y adornada de elegante copete, que solemos ver en los jardines como en disimulada prisión, y en el campo, en absoluta libertad. —

Queremos presentarla en su medio natural, cerca del nido que hace entre los pajonales, protegida por algún cardal o por altas matas de hierba. Allí pían los polluelos desnudos de plumas, con los picos abiertos en procura de alimentos que les traen los padres.

De pronto un ruido insólito llega hasta éstos. Los cazadores se abren paso en el pajonal; los perros se pierden en la espesura husmeando el aire y el suelo y, de vez en cuando, un ladrido breve, ansioso, revela su presencia. Tiembla el tero más que por su vida, por la de sus hijitos, y en medio de su confusión, cede al instinto y trata de defender su hogar. Mas, ¿qué podría hacer él, débil avecilla, contra los perros terribles y las formidables escopetas de los cazadores? Opondrá la astucia a la fuerza; ni más ni menos lo que hace el hombre en igual caso, y como él, todos los seres vivientes, por instinto de conservación. La madre mira ansiosamente a sus pequeñuelos; parece que les hiciera en su mudo lenguaje una postrera recomendación de juicio y una desesperada despedida, y agazapada entre los yuyos y las pajas, se aleja lo más posible de sus hijitos. Un corto vuelo y ya está lejos, moviendo un poco las matas, gritando su voz de alerta y mostrándose con miedo, a intervalos, para atraer hacia sí la atención de los perros y los hombres desviándola de su nido. La madre está dispuesta a sacrificarse; tal vez el plomo del hombre no la alcance; tal vez los perros pasen de largo; de todos modos, ella ha salvado su hogar y sus hijos.



EL LIBRO

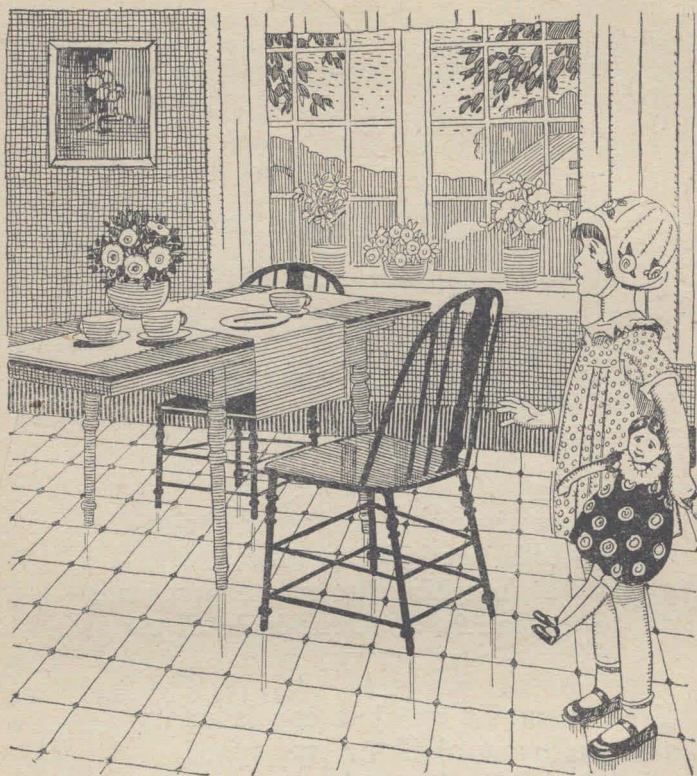
Para mí el libro es como un buen amigo
de recto juicio y pensamiento sano,
que se acerca tendiéndome la mano,
para sus horas compartir conmigo.

De su experiencia al protector abrigo,
humillo todo sentimiento vano,
y como a un sabio y tolerante hermano,
de mi ignorancia la extensión le digo.

Y en comunión su alma con la mía,
a la Belleza y al Saber me guía,
sobre la huella de preclaros nombres.

¡Dulce maestro, silencioso y grave,
a quien dió la Verdad su noble clave,
para anunciar su imperio entre los hombres!





PLANTAS Y ADORNOS DEL HOGAR

Las moradas tienen una fisonomía propia, como las personas. Hay unas simpáticas y alegres, otras frías, y otras, en fin, hostiles e inhospitalarias. Dejando de lado la riqueza o elegancia de la construcción o del decorado, las primeras tienen el toque de un adorno, de un detalle grato. Ya con las flores tras la cancela, con las blancas cortinas

en las ventanas o con la jaula del canario en el balcón, esas casas son como rostros amables que nos salen al paso. Las otras, en cambio, sin nada exterior que las haga agradables, están mudas y cerradas, como esas caras impasibles de gentes egoístas, que no reflejan jamás un sentimiento interior.

El buen gusto suple al dinero y permite adornar el hogar con poca cosa, de manera que ese adorno, con ser barato, resulta atractivo y elegante a la vez. Las plantas de verdor perenne, los helechos, los cactus, en macetas cuya decoración no necesita ser una obra de arte, dan alegría a los interiores más modestos. Si a esto se agrega las cortinas que bordean o tejen las amas de casa, algún cuadro bien elegido, flores del tiempo en los jarrones, la dorada jaula del canario, — si se es afecto a estos pequeños músicos alados, — y la limpieza escrupulosa como el mejor y máspreciado de los adornos, tenemos elementos de sobra para dar fisonomía simpática a la casa donde habitamos.

En el campo, el jardín es como una sonrisa que saluda al transeúnte, porque las flores acusan amor a lo bello, exquisito buen gusto.

El cultivo de las plantas debe ser una preocupación doméstica y las flores un adorno de todo hogar.

El amor a lo bello entra en el número de las perfecciones a que legítimamente debe aspirar el hombre, a la que es posible llegar, teniendo, más que mucho dinero, buen gusto.

A ORILLAS DEL MAR

Los tíos de Adela han obtenido la autorización necesaria para que la niña los acompañase a veranear en una de nuestras hermosas playas. Es esta la primera vez que nuestra amiguita se encuentra frente a la inmensidad del mar y, ¡hay que oír sus reflexiones mientras recorre con su tía la playa, contemplando la rizada superficie de las aguas!

—¡Qué grandioso es el mar! — exclama Adela, respirando a pulmón lleno las brisas marinas. —¡Qué espectáculo maravilloso el de esta extensión de agua al parecer sin límite ni orillas!

—No solamente es hermoso para la vista — contesta la tía, — sino importantísimo como vía de comunicación entre los pueblos.

Esas olas coronadas de espuma que ves en perpetuo vaivén y que van a deshacerse en playas lejanas, se oponen a la marcha de las naves como turbias montañas amenazantes, en horas de tempestad. Los marinos son expertos para sortear tales riesgos y el tráfico marítimo no tiene más peligros que el terrestre.

—¡Es maravilloso! ¡Mira, tía, cómo las olas de crestas blancas van persiguiéndose como caballos desbocados, con las crines al viento!

—Estoy muy contenta que te guste el mar. El aire que aquí se respira, saturado de oxígeno y yodo, es un poderoso restaurador de la salud.

Agrega a ello la acción bienhechora del sol y de los baños y comprenderás por qué deseo que seas grande amiga de él.

—¡Pero si ya lo soy, tía! — exclama Adela sonriendo. ¡Si el mar es lo más bello y grandioso del mundo!





DEBERES PARA CONSIGO MISMO

La señorita fué ayer a visitar a María Luisa, una de sus alumnas, que está enferma, aunque no de cuidado, afortunadamente.

—¿Cómo sigue? — preguntó a la abuelita.

—No puede seguir bien — le contestó. No quiere tomar los remedios ni los alimentos; no admite las

ropas de abrigo ni se somete a las prescripciones médicas.

—¡Oh! ¿Me permite que la vea?

—Suba usted, señorita.

Subió. La alumna estaba en el lecho; en su semblante se advertían las huellas de la enfermedad; pero se veía también en él, un gesto de disgusto y obstinación muy poco simpático.

—Buenos días, querida niña, — díjole —. Veo que estás prisionera en la cama por unos días; supongo que desearás curarte pronto para volver a la escuela, ¿verdad?

—Estoy cansada, señorita; los remedios son muy feos; no los quiero ni quiero la leche ni nada...

—Y, ¿así piensas curarte? ¿No recuerdas lo que hemos dicho en la escuela sobre el deber de cuidar nuestra salud? Es este el más importante de los deberes para con nosotros mismos, pues sin la salud no podemos sernos útiles ni serlo a los demás. La higiene corporal, el ejercicio metódico y ordenado, la moderación en la comida y la bebida, el descanso y el recreo, contribuyen a mantenernos sanos. Puede ocurrir, como en tu caso, que una pequeña enfermedad nos postre en la cama; entonces tenemos el deber de buscar nuestro restablecimiento por todos los medios, puesto que hay otras obligaciones para con nosotros mismos que no podemos eludir: la de estudiar, para ilustrar nuestra inteligencia, la de trabajar, para escapar al entorpecimiento del ocio; la de practicar el bien y las buenas costumbres, para satisfacción íntima de nuestro espíritu...

Si no sigues las indicaciones del médico, ni

te alimentas, ¿cómo esperas recobrar la salud? ¿No crees que ella vale el pequeño sacrificio de apurar de un trago alguna medicina amarga? ¿Dónde está aquella fuerza de voluntad de que te mostraste tan orgullosa alguna vez?

María Luisa, sin contestar, se sirvió la leche que tenía sobre la mesa de luz, y mostró con ese simple gesto que no habían caído en saco roto las prudentes exhortaciones de su maestra.

La señorita sonrió con placer al observarlo, y siguió la conversación sobre otros temas, segura de que su alumna pondría en lo sucesivo todo su interés en restablecerse rápidamente, cumpliendo uno de sus deberes más elementales.

D A R

La lluvia da su riego generoso,
el sol sus rayos y la luz su lampo;
ofrece el árbol su follaje umbroso,
el río su corriente sin reposo
y sus trigales ópimos el campo.

Sin que nada nos pidan, dan las aves
su arrullo dulce o su canción sonora;
la flor su esencia de perfumes suaves,
la voz del viento sus consejos graves
y su miraje espléndido la aurora.

El fuego su calor; oro la entraña
de la adusta y recóndita montaña;
el mar sus perlas que la luz irisa,
sus disputadas pieles la alimaña
y el inocente niño su sonrisa.

Todo es don en las manos de Natura,
hechas para la dádiva inefable,
y en suprema lección, perfecta y pura,
ella ofrece a la humana criatura
maravilloso ejemplo insuperable.



EL ALGODON

—¿Cómo se prepara ese algodón?, señor Aranda.
—¿Quiere explicarme?— interrogó Fernando al ver que éste traía algunas muestras del mismo.

—Puedo hablar del asunto hasta cansarte. Escucha. El algodón que yo recibo viene directamente del Chaco, la zona más productora de este textil en nuestro país, ya desmotado, o sea sin semilla.

En grandes toneles se prepara un líquido decolorante, a base de potasa cáustica, y en él se sumerge el algodón en bruto para blanquearlo. Se

le lava luego mecánicamente y se le escurre por análogo procedimiento. La masa apelonada, lavada y escurrida, pasa a una máquina desmenuzadora, y destrozada ya, es transportada por una red metálica sin fin, a las estufas, donde se seca. Pasa luego a las máquinas peinadoras que, al devolverlo, lo hacen envolviéndolo por fajas anchas, en carretes.

Inmediatamente, una guillotina corta el envoltorio cilíndrico en fracciones de diversos pesos, las que son empaquetadas con escrupulosa higiene, para entregarlas al comercio.

—Debe ser muy interesante ver funcionar esas máquinas, ¿verdad?

—Así es, pues la mecánica ahorra gran parte de trabajo al hombre.

—Muchas gracias por sus explicaciones, señor Aranda.

El simpático Fernando sabe ahora cuánto trabajo exige la preparación del algodón que antes miraba con indiferencia.



MOLES MAJESTUOSAS

Entre la cambiante majestad del mar y la majestad inmutable de la montaña, difícil sería establecer superioridad absoluta; lo que sí puede afirmarse es, que ante ambas se destaca, con toda su magnificencia, la maravillosa obra de la naturaleza.

El habitante de la llanura que se encuentra por vez primera frente a las cimas inaccesibles, guarda de ellas una impresión imborrable de grandeza. Yo

recuerdo el momento en que admiré, con el alma rebosante de indescriptible emoción, la majestuosa mole del Tupungato.

Era a poco de elevarse el sol. Las cimas centelleaban, heridas por las primeras luces de la aurora; allá el río, impetuoso y bravo, con remolinos de espumas rojas, como cabelleras azotadas por el huracán; sobre el cielo azul, las graves y oscuras siluetas de dos cóndores en un vuelo tan sereno que parecían hendir el espacio sin mover las alas; recortada sobre el horizonte, la masa enorme de los Andes.

De pronto apareció ante mis ojos la cumbre del Tupungato. La nieve de la cima tomaba un color rosa pálido con suaves tornasoles, como si toda ella fuese un globo de rosado cristal esmerilado, bajo el cual se hubiera escondido una potente luz. ¡Quedé en éxtasis ante aquella maravilla!

¡Cuadro incomparable que me brindó naturaleza como muestra de sus tesoros más preciosos!

Hasta hoy, y han pasado ya varios años y muchos otros paisajes de mares y montañas han caído sobre aquél, perdura en mis recuerdos, con toda su emoción y su belleza, aquella hora inolvidable de su prema delectación espiritual.



RESPONSABILIDAD

Era Laura una niña despreocupada a quien no se podía dar un encargo ni confiar una misión, encomendar un trabajo ni pedir un favor, porque lo olvidaba todo, no lo tomaba en serio o lo hacía al revés.

—¡Qué desesperación! — exclamaba a veces la madre. ¡Cuándo tendrá juicio esta criatura!
Laura había cumplido doce años y ya pretendía

ser una señorita; pero con tan poco seso, no lo confirmaba por cierto.

En aquellos días enfermó la mamá. Era una dolencia delicada, y el médico ordenó que se la desentendiese de toda tarea doméstica; reposo absoluto y vida de campo por dos meses, asegurando que al final de ese tiempo estaría restablecida, si sus prescripciones eran observadas.

El papá de Laura prometió cumplirlas, costase lo que costase, y al decir esto, más que en el dinero, pensaba en las pocas aptitudes de su hija para gobernar sus cuatro hermanitos, y en la falta absoluta de una persona de confianza a quien poner al frente del hogar.

Dispuesto, no obstante, a sacrificarlo todo por la salud de su esposa, enviola al campo, y llamando a su lado a Laura, le dijo simplemente:

—Tus hermanitos y yo esperamos que sabrás reemplazar dignamente a tu madre y cumplir con tu deber.

Laura oyó estas palabras con sorpresa y emoción. Un sentimiento nuevo nació en ella, aumentando el valor de su propio concepto. ¿Se la consideraba capaz de ocupar el alto lugar de su madre en el hogar? ¿Tendría también ella deberes y estaría obligada a cumplirlos? Estas y otras preguntas que Laura se hizo la llevaron a una absoluta certidumbre: la de su responsabilidad; esto es, que a partir de aquel instante, la salud, la tranquilidad y la felicidad de los suyos dependería solamente de ella, y que una desviación o un olvido de su nueva misión, redundaría en daño de los seres que tanto amaba. De tal convicción surgió una Laura nueva;

una diligente ama de casa de doce años, cariñosa, prudente, juiciosa, en quien reposaron los suyos mientras duró la ausencia de la madre, y a la que recompensó ésta con sus plácemes y besos, al volver al hogar completamente restablecida.

Esta vez Laura ya no pretendía ser una señorita: sin embargo, ahora lo era.



FLORES Y MARIPOSAS

Diz que las mariposas
un día, descontentas de su sino,
diéronse tristes a envidiar las rosas
y a encontrar que el destino,
si bien les dió las alas
matizadas de vívidos colores,
no les dió la fragancia ni las galas
de las pintadas flores...
Y tan grande y profundo fué el enojo
contra tal suerte pérfida y traidora,
que caldeados los ánimos al rojo
fuéronse en pleito hasta la misma Flora.

La virgen de los prados, diz que oyólas
tejiendo con sus manos imperiales,
un tapiz de temblantes amapolas
destinado a tenderse en los trigales...
(presente sin igual que le pidiera
la reina Primavera
para afianzar el pacto soberano
que debía firmar con el Verano...)
Y habló la mariposa cabecilla
con voz sonora y con palabra amena:
—Nuestra solicitud es bien sencilla;
(cuentan que dijo de entusiasmo llena)
queremos ser, señora,
flores que el sol colora
y acarician las brisas fugitivas;
flores que abre la aurora

con sus manos furtivas
para aspirar su esencia embriagadora,
y que besan los vientos
en la quietud de plácidos jardines...
miosotis, azucenas, pensamientos,
claveles, madreselvas o jazmines...
¡Trocad, pues, nuestras alas
en armoniosos pétalos, señora,
y haced que brillen nuestras ricas galas
por vuestra voluntad, desde esta hora!

—Sea como lo pides; — con un gesto
de sonriente aquiescencia dijo Flora, —
cámbiense, pues, vuestros destinos presto,
y seáis desde ahora
hasta el fin de las cosas,
—ya que otorgaros quiero mis favores—
flores, cual lo deseáis, las mariposas,
y mariposas las pintadas flores!

Y desde tan pretéritos instantes,
—nos dicen tradiciones muy prolijas,—
dudan en el jardín los visitantes
si son las flores mariposas fijas
o flores voladoras, las errantes!



EL ÑANDÚ

Entre las curiosas costumbres de algunos animales, se cita la del ñandú, en la época de empollar.

Cuando la hembra ha dejado en el nido, hecho de hierbas aplastadas con sus patas poderosas, la nidada de enormes huevos, da por cumplida su misión maternal. Ocupa entonces el padre el lugar y se consagra a su prole futura. Empieza por ase-

gurar el alimento que necesitarán sus polluelos cuando salgan del cascarón. Uno de aquellos grandes huevos de gruesa cáscara amarillenta, es apartado a un lado, bajo los rayos del sol.

El ñandú se dedica luego a dar calor al nido con cuidados tiernísimos, que se creerían incompatibles con la recia contextura de la formidable corredora.

A su debido tiempo nacen los polluelos. El huevo destinado a alimentación se ha descompuesto y roto, y millares de insectos pululan en su interior y exterior, los que representan la vianda más exquisita y nutritiva para los pequeñuelos que acaban de nacer. La previsión paterna ha preparado, pues, el primer banquete de su prole, y he aquí como, después de desempeñar las funciones de madre, empieza el ñandú a ejercer las de cariñoso y consciente padre, proveyendo al sustento de los suyos.

Guiado por su instinto, provee las necesidades de sus hijos que, débiles al nacer, no pueden correr tras los insectos que constituyen su primer alimento.

¡Prueba admirable, ésta, de la sabiduría de la naturaleza, en su acción por conservar las especies!



FRENTE A UN RETRATO

En su visita al museo de Bellas Artes, donde se realiza la exposición anual de pintura, Enrique contempla con admiración un bello retrato que tiene ante sus ojos.

Sin querer, detalla en su mente aquella figura, que parece viva y como queriéndose salir del marco.

Representa una hermosa mujer, de cabellos negros y brillantes, que caen en rizados a ambos lados del rostro, según la moda de otros tiempos. La piel,

sedosa y clara, tiene el brillo natural; y las mejillas, ligeramente coloreadas como si la sangre circulase por las venas, dan la impresión más completa de vida.

La alta frente, ligeramente combada, es tersa y pura como de marfil pálido, y las cejas, finas y renegridas, hacen pensar en un par de alas dibujadas sobre los profundos y rasgados ojos negros. La mirada, suave y bondadosa, parece fijarse en Enrique con ternura maternal.

Bajo la nariz aguileña, la boca sonríe mostrando la blancura de una dentadura perfecta.

Alrededor del cuello, firme y elegante, un collar de perlas da dos vueltas, hasta caer sobre el corpiño de terciopelo negro, abierto en punta en medio del pecho y adornado con un artístico broche.

El contraste entre el color de la tela y la suavidad nacarada de la piel, acentúa la perfección de la obra.

Enrique la contempla entusiasmado; la hermosa figura le atrae como si representase alguna persona de su familia, y la sensación de vida que surge de la imagen y la vivacidad de aquellos ojos que le miran cariñosamente, hácenle olvidar que se trata tan sólo de una magnífica obra de la inteligencia humana. He aquí como, por primera vez, nuestro niño admiró la belleza en una de sus manifestaciones más puras: la del arte.



UNA IMPRUDENCIA GRAVE

Quando la hermana de Luisa entró en la habitación en que ésta estudiaba, observó que todas las puertas y ventanas estaban cerradas y que en la estufa ardía un buen fuego.

—¡Hace mucho calor aquí, criatura! — exclamó.
—¿Tú no lo notas?

—No, pero tal vez por eso me duele un poco la cabeza.

—¡Ah! Ya sospeché que este ambiente tan cargado te habría enfermado. ¡Hay que ventilar esta sala en seguida!

Con gran premura, Luisa y su hermana abrieron puertas y ventanas, agitando rápidamente los batientes para hacer circular el aire con mayor rapidez.

—¿Te sientes mejor? — preguntó la mayor a Luisa. — ¿Quieres salir de la habitación mientras la atmósfera se despeja?

—No, Alicia; ya estoy bien. ¿Crees tú que sea el calor el que me ha hecho daño?

—No el calor, precisamente, sino el envenenamiento del aire. Te advierto que el peligro en que te ha puesto tu imprudencia es terrible.

Las estufas a carbón dejan salir una parte del óxido de carbono que se desprende de la combustión, el que se mezcla con el aire que respiramos.

Introducido en nuestro organismo, el óxido de carbono se fija en la sangre, a causa de lo cual sobrevienen los síntomas de envenenamiento: pesadez a la cabeza, dolores, vértigos, zumbido de oídos, opresión, temblores, palpitaciones, imposibilidad de mover los miembros y finalmente la muerte, si el auxilio no es rápido y enérgico.

Estas estufas no deben usarse sin una perfecta ventilación. ¡Nada de llevar un brasero con carbón a medio encender, para entibiar las habitaciones, y por sobre todas, los dormitorios.

¡Nada de cerrar puertas y ventanas para recoger mejor el calor de la estufa! Y si es posible, en vez

de tales estufas, una buena chimenea donde la leña levante brillantes llamaradas.

Repuesta enteramente Luisa, palmoteó alegremente y prometió a su hermana no volver jamás a encerrarse con las estufas encendidas, ya que tuvo la suerte de escapar de tan grave peligro.



INDEPENDENCIA

(9 de Julio de 1816)

Un resplandor de auroras baña el cielo
de la ciudad gentil de los azahares,
y flotan en los picos y en las cumbres
vibraciones de cánticos triunfales
y sonoro clamor de muchedumbre.
¡Oh, heroica Tucumán! ¡Grande y eterna
tu tradición de gloria nos alcanza!
¡Allí el prestigio ibero en decadencia
dió a Belgrano la gloria en la batalla
y a la patria su altiva independencia!

Allí, tras esos muros,
en la Histórica Sala, que del tiempo
bajo fanal gigante se resguarda,
si recogéis el ánimo,
el pensamiento alzado hacia la patria,
creeréis oír como un murmullo
que en el ámbito quieto se dilata.
Es la voz de los tribunos
en elocuentes frases derramada;
la réplica vivaz, la noble arenga,
la apelación enérgica, entusiasta,
y la palabra ardiente que invocando
los derechos del pueblo,
independiente y libre lo proclama.

Allí, donde recogen los trapiches
en la incesante y pródida tarea
el dulzor de las cañas y las mieles...
allí, flameó orgullosa la bandera
que abrumaron victorias y laureles...
Y allí al albor de la primer mañana
de libertad, corrieron tus varones,
¡oh, patria!, para alzar al infinito
y extender a las razas y a los orbes
de ¡Pueblo libre! el majestuoso grito.



RIVADAVIA

Don Bernardino Rivadavia, nacido en Buenos Aires en el año de 1780, fué una de las más ilustres figuras del período revolucionario que gestó la libertad de nuestro país.

Empezó a destacarse este noble patriota desde las invasiones inglesas, luchando con singular arrojo. En los comienzos del movimiento emancipador, extinguida la Junta y proclamado el gobierno del Triunvirato, fué Rivadavia secretario del mismo, y en este puesto y en el de los asuntos de guerra, del que se le encargara, demostró una actividad poco común y una rectitud de proceder a toda prueba.

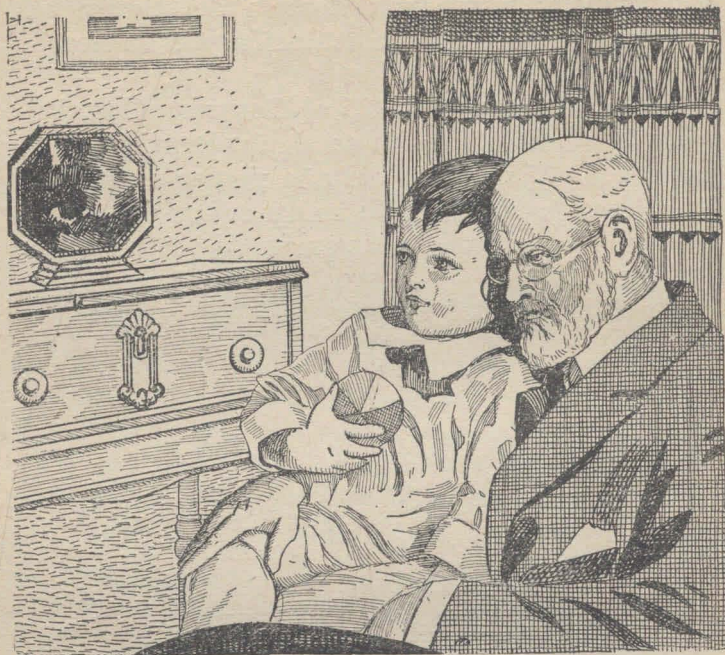
Aunque su actuación resultó en toda oportunidad digna de su carácter, donde realmente pudo desenvolverse con toda amplitud fué en el gobierno de Don Martín Rodríguez, en el cual éste le confió el Ministerio de Gobierno.

A su iniciativa, desde dicho cargo, se debe: la fundación del cementerio; la creación del Mercado Central, del Archivo y Oficina de Estadística, bibliotecas públicas y numerosas escuelas. Fundó la Sociedad de Beneficencia Nacional y la Casa de Expósitos e inauguró la Universidad de Buenos Aires; organizó la Administración de Correos; autorizó el funcionamiento de la Bolsa Mercantil; estableció correos al interior; prohibió las corridas de toros; fundó una caja de ahorros; organizó un Banco de Descuentos que dió origen al Banco de

la Provincia; fundó una Escuela de Agricultura práctica, un jardín de aclimatación y el Museo de Historia Natural.

El 7 de febrero de 1826 el Congreso Constituyente lo nombró presidente de la República Argentina. El 27 de junio del año siguiente renunció tan alto cargo, cansado de luchar contra una oposición que no comprendía sus ansias de progreso y de civilización.

Murió en Cádiz (España), el 2 de septiembre de 1845.



LOS INVENTOS MODERNOS

Adolfo y su abuelo suelen enredarse en largas pláticas, muy interesantes por la seriedad y discreción con que el nieto las sostiene. Hoy departen sobre los adelantos de la época moderna, comparados con los de aquella en que el anciano era joven. Oigámoslos un momento.

—En aquellos días, — dice el abuelo — era necesario no olvidarse de arreglar diariamente las lámparas a petróleo para la casa y el farol para la calle, porque no había alumbrado público.

—Hoy en cambio, una simple vuelta a la llave y la luz se hace en la lamparilla eléctrica, ¿verdad, abuelito?

—Así es. En mi juventud todo era lento: un viaje, por ejemplo, era un acontecimiento tan trascendental, que llevaba meses enteros en resolverse y en preparativos.

—Ahora la gente va a Europa como a una visita, en quince días, abuelito; y los aeroplanos y dirigibles cruzan los mares y continentes, navegando en el aire, como los barcos en el mar. Y si es por tierra, ferrocarriles y automóviles acortan las distancias.

—En efecto; las comunicaciones entonces eran difíciles. El telégrafo sólo se usaba para casos urgentes y con extremada discreción.

—Ahora, abuelito, el telégrafo es un recurso vulgar; la radiotelefonía lleva las palabras por el aire, sin necesidad de alambres y con el propio sonido de nuestra voz, si así nos place, por largo que sea el camino que deba recorrer; ella nos trae, asimismo, a nuestra casa, noticias, música, canto e informaciones comerciales, sin más que escuchar la voz del altoparlante o colocarnos los auriculares.

—Música y canto, dices... ¡Cuánto dinero! gastábamos antes para oír al tenor célebre o a la cantatriz de moda en el lujoso teatro!

—Ahora, abuelito, — ¡qué diferencia! Tenemos unas máquinas perfeccionadísimas que por medio de discos, reproducen las óperas maravillosas cantadas por los más famosos artistas del mundo, con nitidez tal que, cerrando los ojos, creemos

estar frente a la cantante o al tenor cuya voz oímos.

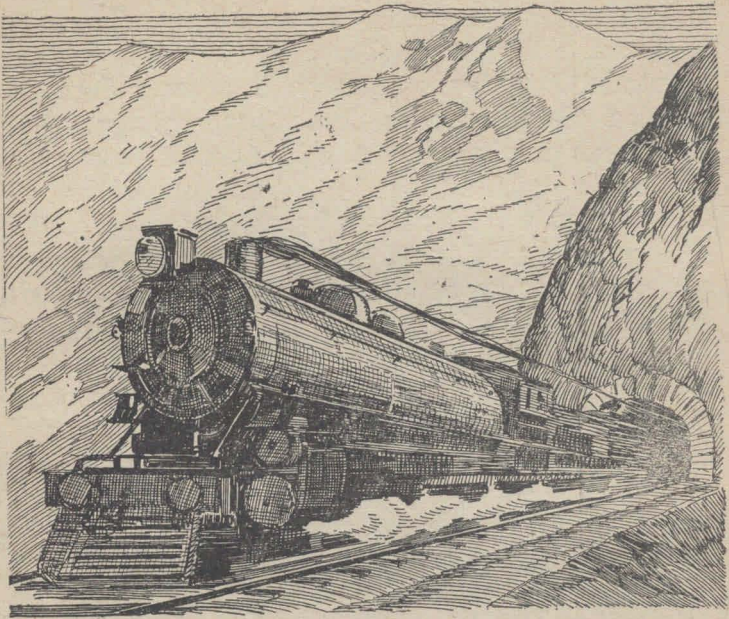
—¡Qué prodigio! La máquina lo va dominando todo.

—Así es, abuelito. La máquina crea combinaciones estupendas; nada escapa a su prolijidad y perfección.

—Está visto, hijo mío, que la inteligencia humana es una inagotable fuerza propulsora.

Ella ha sabido asociarse a la electricidad, a la mecánica, a la física, para darnos esas invenciones maravillosas. . . ¡Benditos sean el trabajo y el estudio, que tales resultados ofrecen!





FRAGMENTO DEL DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR NICOLAS AVELLANEDA CON MOTIVO DE LA INAUGURACION DEL FERROCARRIL CENTRAL NORTE.

Señores:

La primera y la más extensa sección del ferrocarril del Norte, queda inaugurada. La locomotora, después de haber recorrido centenares de leguas, ha entrado, por fin, en la tierra prometida, la tierra del sol ardiente, del suelo fecundo y del laurel activo, que ha abatido sus frondosas hojas para

alfombrar su paso. Ella ha venido, y ella es la industria, el comercio, el arte, la ciencia, la poesía, la conductora de hombres y la regeneradora de pueblos. Esta tierra es desde hoy suya, y yo le entrego en dominio perpetuo los árboles de la selva virgen, la caña azucarada, el café aromático, el añil con sus vivos tintes y los productos todos del suelo intertropical, para que los derrame pródiga y triunfante por los demás pueblos privados de estos dones.

Las creaciones geológicas han pasado, para dar lugar a una nueva, que no es producida por cataclismos ciegos: la transformación del mundo por el ingenio humano. Vivimos en esta América los días maravillosos de otro génesis, y será contado entre ellos el día en que se vió por vez primera partir la locomotora desde el majestuoso estuario del Plata, agitando sus alas de relámpago y volando sobre los rieles de acero, para detener, después de breves horas, su carrera vertiginosa en el centro del continente y en las faldas del Aconquija.

Subiremos luego la montaña y espaciando la mirada por los horizontes luminosos, divisaremos desde las excelsas cumbres, los nuevos destinos de estas regiones.

El primero y grande esfuerzo está realizado. La locomotora se encuentra al pie de los Andes.



A LA NATURALEZA

Fuerza que acrece los bosques;
llama que enciende al volcán;
savia que el grano elabora;
soplo del aura fugaz;
voz del arroyo y del río;
rugir profundo del mar;
matiz que brilla en las flores;
pujanza del robledal;
aliento que el lago ondula
y hace las peñas rodar;
seno materno que alberga
la víbora y la torcaz,
el corderillo y el lobo,
la cicuta y el rosal...

Naturaleza invencible
nacida en la Eternidad,
que a la consigna obedece
de renovar y fundar;
madre ejemplar te proclamo,
pues todos tus dones das
a los que alientas y creas
para el bien y para el mal,
sin juzgarlos, ¡que una madre,
sólo sabe perdonar!

BENDITAS MANOS

I

Apenas dejo cada mañana las tibias ropas de mi lecho, encuentro mi desayuno humeante sobre la mesa del comedor.

Frente a la taza de leche que colora el oscuro y perfumado café, el panecillo dorado ofrece su perfil apetitoso, en competencia con la manteca marfileña.

¡Bienhaya el panadero que madrugó para traermé su ofrenda tibia y sabrosa! ¡Bienhaya el hombre que amasó la harina, cortó los panes, los coció en el horno y los puso en mi mesa!

¿Qué sería de nosotros sin esas manos laboriosas que vencen al frío; sin esos ánimos vigorosos que triunfan del sueño y rechazan el dulce halago del lecho, para madrugar en nuestro beneficio?

II

—¡Qué hermoso está mi niño con esos zapatitos nuevos y esos guantes de piel que le dan el aspecto de un hombre! — exclama la madre ante su hijo, vestido de fiesta, tan elegante como un figurín.

—Verdad es, madrecita; tu hijo es un primor sin los zapatitos y sin los guantes, y con ellos, un modelo de niño bien vestido; pero ¿has pensado lo que serían esas pieles sin la mano artesana que las preparó?

Toscas pieles de cabrito y de becerro, un hombre las recogió sangrantes, las hizo secar al sol, las curtió, las pulió, les dió color; más tarde, otro

fabricó con ellas esos guantes minúsculos y esos zapatitos encantadores.

¡Bienhaya el zapatero que dió esa alegría a tu hijito y que trabaja para nuestro provecho! ¡Bienhaya el guantero que perfiló los deditos de tu niño y enredó en sus puntadas tus sonrisas de madre y las efusiones cándidas de tu corazón!

III

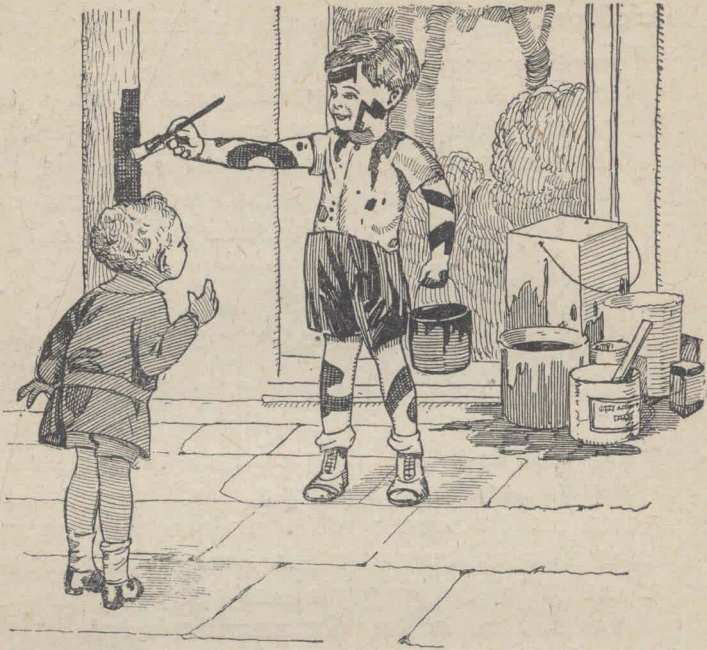
He ahí el palacio magnífico, la torre enhiesta, el edificio monumental que se divide en departamentos, como en celdas el interior de una colmena. La ciudad se enorgullece de sus calles flanqueadas por esas construcciones soberbias que se yerguen hasta hundir en las nubes las flechas de sus pararrayos. ¿Alguien pregunta, tal vez, qué manos prodigiosas alzaron tan formidables muros, tan atrevidas cornisas, tan aéreos balcones?

Las manos callosas del albañil; ¡ellas fueron! Ladrillo tras ladrillo, hilada tras hilada, con labor de hormiga, con muchas mañanas de frío, con muchas siestas de calor, con los infinitos riesgos de las alturas... ¡ellas fueron!

¿Qué hubiera sido del magnífico plano del arquitecto, sin la paciente tarea del albañil?

¡Bienhaya la mano manchada de cal y de mezcla, que levantó para nosotros el muro soberbio o la pared modesta, que nos cobijará de la intemperie!

Trabajo del menestral, labor del artesano y del obrero, ¡bendito seas!



BROMA PELIGROSA

Alberto, aprovechando la pintura de los obreros que decoran su casa, se ha cubierto de colores diferentes, brazos, piernas, rostro, cuello, manos y hasta el cabello; se ha dejado secar esta capa y así se ha presentado ante sus hermanos pequeños, quienes han armado tal algazara, que han tenido que acudir los padres con apresuramiento.

—¡Qué lindo! ¡Parece un arco iris!—exclamaba Paquito, palmoteando de alegría.

—¡Un arlequín!—gritaba Delia, dando brincos alrededor de su hermano. Pero los gritos y el alborozo cesaron, al oír decir al padre con ansiedad:

—¿Qué has hecho, criatura? Corre a sacarte esa pintura... ¡Pronto, lo más pronto posible!

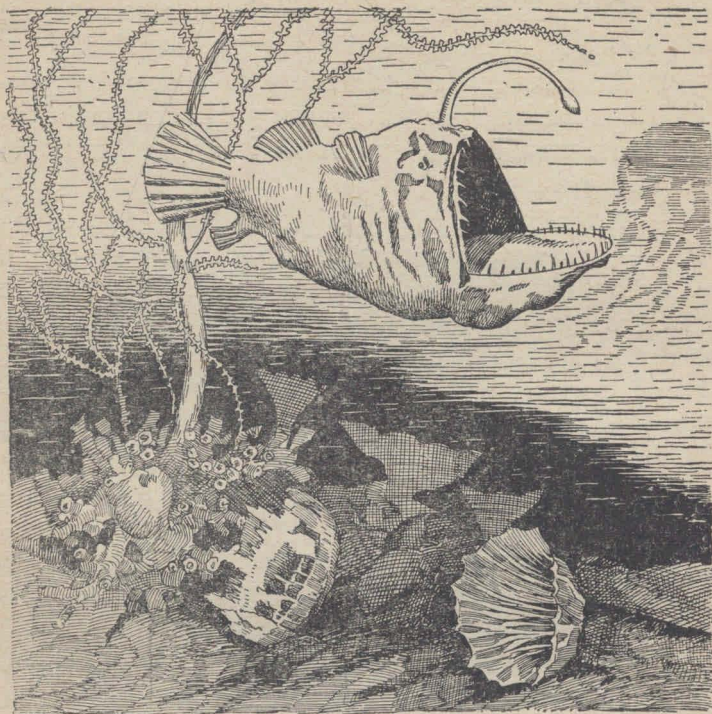
Y él mismo empezó a pasarle un lienzo humedecido con trementina por brazos y piernas, mientras la madre tomaba por su cuenta el rostro, cuidando no irritarle los ojos.

—Has hecho un juego peligrosísimo, —dijo el padre— cuando a fuerza de incesante fregoteo quedó el niño limpio de la pintura. La piel que cubre nuestro cuerpo es un órgano de respiración, que absorbe oxígeno y despidе gas carbónico; además, es un regularizador de la temperatura del cuerpo y un depurador del organismo; complementa la función de los riñones y de la respiración, y puede ser considerada como una vasta terminación nerviosa que recibe y refleja la acción externa. Son tan importantes estas funciones, que el impedir las, como lo has hecho tú con la pintura, expone a gravísimas consecuencias.

La higiene del cuerpo (baños de limpieza, ropas aseadas, telas livianas, etc.) tiende a mantener la piel en condiciones propicias para esas funciones, sin obstáculo alguno, como garantía de salud; figúrate pues, hasta qué punto has obrado imprudentemente revistiendo los poros de la tuya con esa gruesa capa impermeable.

—Espero. —terminó el padre, —que no insistirás en un juego tan peligroso como inconveniente.

Y Alberto, seriamente impresionado por las consecuencias que pudo acarrearle su travesura, prometió no volver a incurrir en ella, y, por el contrario, dedicar a la limpieza de su piel el cuidado más asiduo, en beneficio de su salud.



LAS MARAVILLAS DEL MAR

Adela hacía por vez primera un viaje por mar, y todo lo que veía en éste que realizaba por el Atlántico Sur, a lo largo de las costas patagónicas, era para ella nuevo e interesante.

Las olas magníficas, coronadas de espuma, atraían su atención, y los largos haces de algas, con sus hojas menudas o anchas y sus tallos henchidos de

savia, tendidos sobre las ondas como flotantes cabelleras, la entusiasmaban.

—Vegetación del fondo del mar, arrancada por la fuerza del oleaje, — explicóle su padre; — observa su color amarillento oscuro; esas plantas carecen de un elemento que encontramos en las de la tierra: la clorófila. Verás también por aquí *medusas*, delicados organismos que pertenecen al reino animal y que fuera del agua se transforman en una masa gelatinosa.

Esos animales tienen, en su elemento natural, formas preciosas, y si se ponen en contacto con la piel, producen escozor como las ortigas...

—Mira, papá, esos peces que asoman la cabeza y aquéllos que saltan... —No son peces, hija mía; esos que se asoman como si quisieran curiosear lo que pasa arriba, y los que dan esas volteretas en el aire, unos tras otros como si se persiguieran jugando, son mamíferos, llamados delfines o toninas, que aunque del mismo género que los cachalotes, son más pequeños que éstos y provistos de sólida dentadura en ambas mandíbulas.

Los indios de Tierra del Fuego hacían de la quijada de tonina, sierras para usos domésticos y puntas para sus lanzas.

Al acercarnos a las costas podrás ver, tal vez, unos crustáceos enormes que aquí llaman *centoyas*, y que son a manera de cangrejos gigantes. Se los utiliza para la alimentación, frescos y conservados. Verás asimismo, moluscos notables por sus formas y tamaños y *madréporas* de caprichosos contornos.

En otros mares abundan los pólipos, las esponjas,

los cangrejos. . . Las maravillas del mar, hija mía, igualan, sino superan, a las de tierra.

Adela era toda oídos. Cuando su padre cesó de hablar, la niña pensaba en el portento de tanta y tan admirable belleza contenida en la Creación y descubierta por el hombre, merced a la fuerza in-contrastable del trabajo y del estudio.



EL ÁRBOL

El árbol es un regalo que la naturaleza ha querido hacer al hombre. Donde se levanta una copa frondosa, hay vida; la vecindad del árbol supone agua, pájaros, abrigo, fuego, alimento. ¡Imaginaos con qué alegría verán los camelleros en el desierto,

la mancha oscura del follaje sobre la ardiente sábana de arena!

Cuando se piensa en los enormes beneficios que ese precioso don reporta al hombre, no se concibe que haya manos criminales que lo destruyan, guiadas por el simple instinto del mal. El hacha sólo debe caer en las selvas para alimentar el trabajo de los obreros, donde se preparan las maderas para el comercio. ¡Magnífica riqueza que invita a desarrollar la destreza muscular en una puja soberbia de abatir gigantes!

Sea en la espesura del bosque, sea en las alegres huertas de los predios campestres, el árbol es salud, sombra, reposo. Todo él se ofrece a nuestra necesidad y a nuestros deseos. Unos nos dan sus hojas para curar nuestros males, como el eucalipto, el nogal y la coca; otros nos ofrecen para ello su corteza, como la quina; el de más allá sus flores, como el saúco; éstos sus frutos para el alimento, como el naranjo, el peral o el manzano; aquéllos sus savias colorantes para la industria, como el palo campeche o el quillay; sus jugos como el gomero, sus raíces como el olivo, sus flores como el ceibo, o sus troncos para transformarlos en maravillas de delicada fabricación, útiles al hombre.

El árbol concurre a proveer las necesidades del ser humano con generosidad única; con él se alimenta el fuego del hogar y se levanta la armazón del rancho; sus ramas tejen los muros; su tronco ahuecado forma la piragua; echado a través del arroyo nos da el puente; en postes forma el corral; trabajado nos ofrece los muebles, sus ramas fuertes son sólidas armas de defensa; sus frutos.

exquisito alimento; sus hojas abrigado lecho; sus flores delicado adorno. ¿Puede pedirse más?

Amemos ese cariñoso amigo del hombre, y que nuestras manos jamás osen herirlo ni maltratarlo, porque sería destruir y despreciar el regalo más maravilloso que la naturaleza haya podido crear para el hombre!



MAESE ZAPIRON

(Fábula)

En la noble villa de Biribirina,
Capital del reino de Biribirón,
vivían dos gatos, — Minino y Minina,
y su hijo mimado, Maese Zapirón.

Nunca se vió un gato de ojos más bonitos,
de piel más sedosa ni más suave andar;
de raso tenía lindos zapatitos
y de terciopelo su negro gabán.

Muy rico el vestido, muy fino el sombrero,
corbata de cinta, de oro el cascabel;
pero tan cobarde, torpe y embustero
que hasta los ratones se burlaban de él.

Sabía tan sólo mirar su figura
en los charcos de agua que hallaba al pasar.
torcerse el bigote y andar con tiesura,
y a pasitos cortos como un pavo real.

—¿Qué vale, — le dijo la cotorra un día,—
tu porte elegante, tu falso oropel,
si debajo de esa fofa gallardía,
no tienes virtudes ni guardas saber?

Habló la cotorra con recta conciencia:
que ni el rico traje ni el mejor gabán
ocultan los vicios del que en su existencia
es sólo un inútil y fatuo haragán.



UN SALUDO A LOS AUSENTES

Dominando la hermosa bahía, sobre la colina que repecha una ancha calle flanqueada de cercas y jardines en flor, está la torre de la estación radiotelegráfica de Ushuaia, como un centinela de la civilización frente a la grandeza del mar y la montaña. Figuraos el placer que experimentó Blanca al divisarla, pensando que desde allí enviaría a sus queridos padres un cariñoso mensaje de recorda-

ción y saludo! Viaja nuestra amiguita con sus tíos, en excursión de placer, y después de ochos días de ausencia, al llegar a la ciudad capital de Tierra del Fuego, han resuelto enviar sus noticias a los ausentes. Por eso los encontramos en la oficina radiotelegráfica. La alta torre que sostiene la antena, flanquea el edificio. Dentro de breves momentos el operador manipulará sobre la palanca y la corriente eléctrica desprendida de la antena, se difundirá en el espacio. La primera estación del trayecto, — la de San Julián, en el golfo de su nombre, — recogerá el mensaje de Blanca y le dará nuevo curso...

—¿No es una verdadera maravilla que esas levísimas ondas puedan transportar los millares de besos que la niña envía a sus padres ausentes?

La electricidad es como un hada portentosa que, a semejanza de las de los cuentos, realiza prodigios, merced a una misteriosa varita mágica que se llama ciencia. Las torres descarnadas de las estaciones radiotelegráficas, bien pueden compararse a los castillos encantados donde las hadas obran sus maravillosas transformaciones.

Este es, tal vez, el pensamiento de Blanca, feliz de enviar a sus padres sus más dulces besos a través del espacio.



“YO TRABAJARÉ POR TÍ”

Iba Francisco detrás de la yunta de caballos que tiraba el arado, con la mano en la manquera, dirigiendo el trabajo con su acostumbrada paciencia y contracción. La explotación de su chacra le exigía una faena incesante, y de sol a sol se le veía en el campo, ya arando, ya sembrando, aporcano o vigilando las plantaciones, de las cuales dependía el propio bienestar y el de los suyos.

Sucedió que un día Francisco marchaba detrás de su yunta, ensimismado en sus pensamientos, cuando su pie se hundió en un viejo surco, y cayó de bruces, con tan mala suerte que la cuchilla del arado le produjo una profunda herida en una pierna.

A sus gritos de socorro acudió la esposa desesperada y los vecinos más inmediatos, y mientras unos ayudaban a transportarle a las habitaciones, otros montaban a caballo para buscar auxilio médico.

La opinión del facultativo que llegó primero, fué terminante: la herida, prolijamente desinfectada y cerrada con dos o tres puntos de sutura, exigía reposo absoluto hasta su cicatrización; y la pérdida de sangre sufrida, imponía, además, un cuidado asiduo sobre el paciente sumamente débil a la sazón.

Los vecinos consternados fueron desfilando tristemente; el último en despedirse fué Don Martín, el que tenía su predio lindante al de Francisco.

y cuyas nueve criaturas pululaban todo el día entre los sembrados.

Estrechó la mano del enfermo, dirigió un guiño malicioso a la llorosa mujer que no se apartaba de la cabecera y exclamó:

—¡Vamos! ¡A curarse! Desde hoy, ya que estoy ahí, alambrado por medio, haré cuenta que mi chacra se ha ensanchado y cuidaré también la tuya... Yo trabajaré por tí... No te preocupes.

Y sin dar importancia a este hermoso rasgo de solidaridad que mostraba toda su nobleza de alma, Don Martín salió de la habitación.

He aquí cómo en la chacra de Francisco todas las labores se hicieron oportuna y cumplidamente, y cuando éste sanó, como si la generosa ayuda de Martín hubiese obrado un milagro, pudo recoger la más rica y abundante cosecha que en muchos años se viera allí. ¡Cosecha menos rica y abundante, sin embargo, que la solidaridad establecida entre ambos labradores!



EN EL MUSEO DE LUJÁN

Nunca olvidará Carlos Alberto la impresión recibida en su visita al museo de Luján.

En el edificio en que éste funciona, el niño fué de sorpresa en sorpresa y de admiración en admiración.

El histórico Cabildo de Luján, donde se albergaron hombres ilustres, guarda hoy sus recuerdos

y los objetos que les fueron queridos. Allí está el monetario del general Bartolomé Mitre; manuscritos, documentos, medallas y enseres que fueron de su pertenencia; la gloria pacífica y sabia de Ameghino se difunde desde su retrato colocado en sitio de honor, presidiendo diversos aspectos de su obra; huesos fósiles, dibujos y explicaciones recuerdan la no menos gloriosa labor del Doctor Francisco Javier Muñiz, otro infatigable buscador de antigüedades paleontológicas.

El piso de las salas principales, pavimentado con enormes ladrillos rojos del tiempo de la colonia, cansa un poco a Carlos Alberto; pero el entusiasmo lo empuja hacia adelante.

He aquí la época de Rosas: la evocan los grabados, las divisas, las poesías a Manuelita, los impresos contemporáneos, los documentos, el calabozo sombrío donde en efigie de tamaño natural el mazorquero azota al infeliz prisionero, y el cepo cuyo aro de hierro aprieta el cuello de la víctima indefensa. El niño se aparta horrorizado.

La sala que ahora visita es una reconstrucción amable de la vida en el hogar colonial. Las damas rodean a una novia que termina su tocado. Los trajes suntuosos, las manteletas bordadas, los finos chapines, las joyas pesadas y enormes, decoran bien la bella figura de cera. Frente a ésta, otro grupo: una tertulia. El clavicordio en un rincón, pulsado por una mano diminuta; los caballeros de ajustado pantalón con tirapié y alto corbatín, alternan gentilmente con las damas, y una esclava ofrece mate en recipiente de plata.

Carlos Alberto admira la propiedad de los trajes,

la naturalidad de las figuras, y se hubiese quedado allí sin recordar la rápida marcha de las horas, si su padre no lo llamara para el regreso. Como el niño se doliese de no ver las demás salas, el señor le dijo:

—Volveremos pronto. Los museos son páginas vivas de la historia; conviene recorrerlas despacio y atentamente, meditando sobre sus enseñanzas, para que éstas nos sean provechosas.

EL OBRAJE

Tiembla toda la floresta bajo el golpe de las hachas; caen los troncos milenarios con horrísono fragor, y las lianas, enredadas como débil haz de hilachas, se retuercen con chasquido latigueante y silbador.

Sueltan chispas los aceros en su puja de trabajo... suben, bajan, hienden, tronchan y en frenético
[vaivén,
cada brazo es un ariete y es tan firme cada tajo que las copas y las ramas caen segadas al cercén.

A los gritos de los hombres, oportunos y sonoros, como alertas repetidos de un inmenso batallón, se unen raros y confusos los chillidos de los loros, escondidos tras el filo del cercano barrancón...

A lo lejos, sobre el fondo de maraña y de follaje, pasa lenta y cautelosa la silueta del jaguar, y en la bóveda de sombra verdinegra del boscaje, titilante centellea su fosfórico mirar...

Tras la huella de la fiera, silencioso y en acecho el *bombero* de la tribu, cual fantástica visión, anda... escuchá... vuelve... mira... se detiene
[trecho a trecho
y dijérase que estudia la estrategia del malón....

Entretanto nada enerva la pujanza de las hachas; caen los troncos milenarios con horrísono fragor, y las lianas enredadas como débil haz de hilachas, se retuercen con chasquido latigueante y silbador.



EL LLORADERO

En el flanco de la montaña andina, a trechos abrupta y yerma, a trechos salpicada por las manchas parduzcas de la “barba de piedra” o por la plateada vegetación del liquen, una cavidad recoge la gota de agua que filtra de la hendidura o trasuda misteriosamente la piedra.

Es como una lágrima que cae de un párpado

invisible en la oquedad de granito, lenta, muy lentamente, como si condenada a manar por los siglos de los siglos, lo hiciera con el ritmo regular y sereno de lo eterno.

El indio que recorre los vericuetos de las quebradas con la agilidad del guanaco, y conoce el secreto de las grutas y el misterio de los abismos; el indio romántico que aun vive en los riscos andinos añorando la pretérita grandeza de la raza, ha puesto un nombre poético a esas fuentes y las llama *lloraderos*. Para él, el agua que fluye a través de la piedra es el llanto de sus dioses desterrados, que se desliza a lo largo de los peñascos, resbalando lentamente en forma de hilillos sutiles que descienden sin ruido. Las ínfimas corrientes se reúnen en cintas de plata, un poco más abajo de la fuente; ya es el arroyo adornado por el liquen plateado de los bordes. Luego se le reúne otro, y acaso otros más, y la vertiente engrosa y cobra bríos hasta que, bajo la lluvia torrencial o la licuación abundante de las nieves, el arroyo convertido en torrente tórname impetuoso, devastador y terrible.

Piedras enormes bajan con estruendo horrísono de los flancos escarpados; aludes de tierra empapada se precipitan al valle; el remolino avasallador levanta el lecho pétreo de los arroyos, y su abrazo brutal y furioso arrebató el rancho de adobe, el corral de las cabras, el sembradío de maíz de la quebrada y la defensa de piedras y de ramas que debía torcer el curso de las aguas.

Huyen los indios despavoridos ante el turbión incontenible; y a sus gritos de terror responde el

sordo avance del torrente, llevando delante de sí los bloques errantes como proyectiles lanzados por formidables catapultas.

En esta inquietud salvaje de los elementos enfurecidos, la naturaleza recobra su imperio absoluto y lo arrasa todo; hasta que renace la calma y siguen los lloraderos destilando las lágrimas de dolor de los viejos dioses incaicos, desterrados de sus montañas nativas.



CONSEJO OPORTUNO

(Fragmento de una carta de Benjamín Franklin)

“La última vez que vi al padre de usted, fué en Boston, a principios de 1724, después de mi primer viaje a Pensilvania. Recibióme en su biblioteca, y cuando me despedí de él, me enseñó un camino más corto para salir de la casa, por un pasadizo más estrecho, en el cual había, atravesada, una viga a la altura de la cabeza.

“Cuando me retiraba, continuábamos hablando; él me seguía, y yo iba medio vuelto para escucharle, cuando de repente me gritó:

“—¡Agáchese, usted! ¡Agáchese, usted!

“No comprendí lo que quería decirme, por haber sido tomado de improviso por tal recomendación precipitada, hasta que me dí un fuerte porrazo en la cabeza, contra la viga.

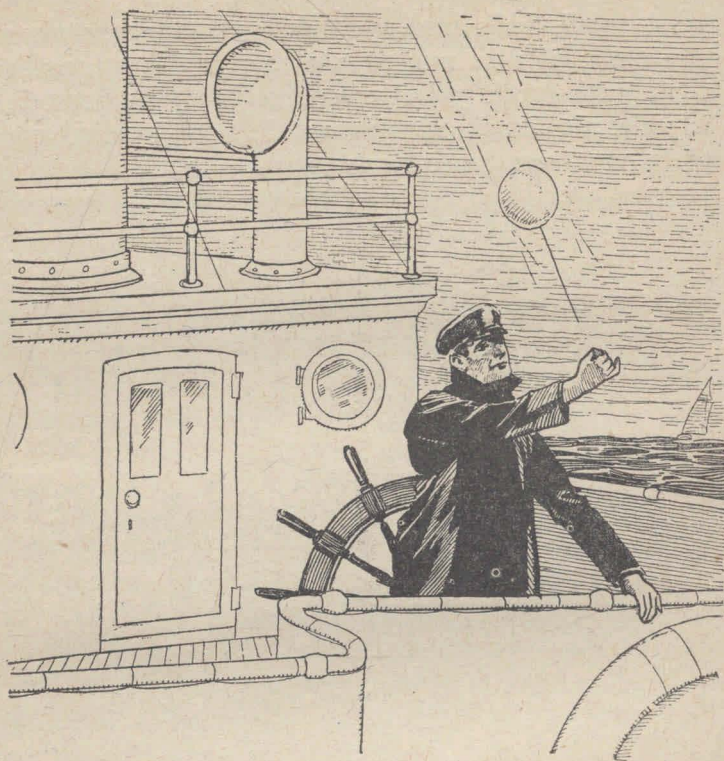
“Como el padre de usted era hombre que no dejaba pasar ninguna oportunidad para dar lecciones útiles, me dijo en la presente:

—“Usted es joven y va entrar en el mundo; baje usted la cabeza oportunamente, para atravesarlo y se evitará más de un porrazo.

“Este consejo, impreso de aquella suerte en mi cabeza, me ha sido muchas veces útil y me acuerdo de él con frecuencia, cuando veo el orgullo humano, y las desgracias a que están expuestos continuamente los que llevan la cabeza demasiado erguida”.

El orgullo infla nuestros méritos y nos enceguece con ellos; sólo la modestia es capaz de reducirlos a su justo valor y llevarnos por los pasadizos de la vida, sin temor a los golpes de la desgracia, que es la viga que los atraviesa.





GLOBOS DE COLORES

El gran transatlántico que hace el viaje a los canales de Tierra del Fuego, es como un enorme palacio, que Julián gusta recorrer subiendo y bajando las escaleras con la presteza y agilidad de un acróbata.

No hay rincón que no conserve el eco de las charlas de nuestro amiguito, de sus interrogaciones curiosas y de sus risas argentinas.

Viajan en la nave otros niños y con ellos forma grupos exploradores, de permanente movilidad y ruidosa alegría.

Hoy han subido al puente de comando, desde donde la visión del mar se les antoja más ancha y la bóveda azul del cielo más próxima y brillante.

Mientras sus compañeros contemplan la extensión espumosa de las ondas, Julián se acerca al joven oficial que se ocupa en una rara tarea.

Con cortas intermitencias, el marino arroja al aire globos de colores, que corren impulsados por el viento, ascienden a las capas superiores de la atmósfera, giran sobre sí mismos, cambian de dirección y se pierden, al fin, en la inmensidad del espacio.

Julián observa con curiosidad esta maniobra, y no hallando explicación para ella en sus conocimientos, exclama:

—¡Vaya una manera de perder el tiempo! ¿Cómo puede un hombre entretenerse en semejante juego?

El oficial oyó estas palabras y bondadosamente se dirigió al niño diciéndole:

—No es juego, amiguito. Estos globos que ves, son lanzados al aire para estudiar la dirección e intensidad de las corrientes de viento en las diferentes capas atmosféricas que ellos atraviesan. Estas observaciones, cuidadosamente registradas, nos permitirán conocer las condiciones que ofrece esta región para la navegación aérea.

Observa los globos; los que van bajo corren hacia el Norte; los que han ascendido más, derivan hacia el Este, con lentitud; eso quiere decir que hay

corrientes de viento distintas en ambas capas atmosféricas, y que su velocidad es también diferente. . .

Julián lo escuchaba asombrado. La lección del joven oficial le demostraba que lo que él había creído juguetes, eran elementos de investigación científica, con los cuales trabajaba el marino, puesto el pensamiento en el bien que de tales tareas podría redundar para su patria y para la humanidad.

EL VIAJERO Y LA FUENTE

(Fábula)

Iba un viajero perdido
entre empinadas montañas
por un valle pedregoso
de recia faz calcinada,
donde ningún pajarillo
sus pasos acompañaba.
Marchaba el hombre rendido
por la difícil jornada,
heridos del sol los ojos
y del polvo la garganta
y los pies de las aristas
y de desconsuelo el alma,
la sed prendida en sus fauces
como una asfixiante garra,
y en la mente obscurecida
visiones torvas y extrañas...

De pronto, un suave susurro
desde una peña cercana
llegó a su oído... En la altura
una vertiente trenzaba
en la espalda de las rocas
madejas de hilos de plata,
y el agua fresca surgía

del granito, pura y clara
como las nobles acciones
del alma limpia y honrada.

—Ven a mí, fuente bendita,
—al verla el viajero exclama—
deja tu copa de piedras,
vierte en el valle tus aguas. . .
—Sube; — la fuente responde—
te daré mi linfa clara
en el magnífico vaso
de donde abundosa mana. . .
¡Haz un esfuerzo y las rocas
se te harán leves y blandas!

Y el viajero ya templado
por esa voz de esperanza
a poco liba en la cima
la dulzura de sus aguas,
*que siempre tienen su premio
el esfuerzo y la constancia.*





EL CABURÉ

Julio ha recibido de Misiones un original regalo; se trata de un ave de la misma familia que las lechuzas, pero de tamaño menor que éstas, la cual abunda en el litoral argentino, en el Paraguay y Brasil. En nuestro país se le llama caburé; en el Paraguay, *caaureí*.

El feo pajarraco está acostumbrado a una libertad relativa, dentro de los lindes domésticos, y Julio lo aprovecha como sujeto de observación, pues para él resulta raro y digno de estudio.

Al cabo de una quincena creía nuestro niño haber descubierto ya, todas las características peculiares del caburé, cuando se vió sorprendido por una nueva y más original modalidad del mismo.

Dormía el pájaro sobre una percha puesta expofeso, cuando Julio notó que en la parte posterior de la cabeza, las plumas erizadas simulaban exactamente otra cara.

Se aproximó al caburé y comprobó el fenómeno. Al día siguiente, en el primer recreo, acudió como solía a la inagotable amabilidad de su maestro, para pedirle explicaciones sobre esta novedad, y he aquí la respuesta:

—El caburé tiene la particularidad de simular a voluntad, una cara, en la parte posterior de la cabeza; pero una cara que ostenta rasgos pertenecientes a otra rama más fuerte de la familia. Obtiene esa simulación encrespando las plumas de la nuca; cuando las alisa, la cara desaparece.

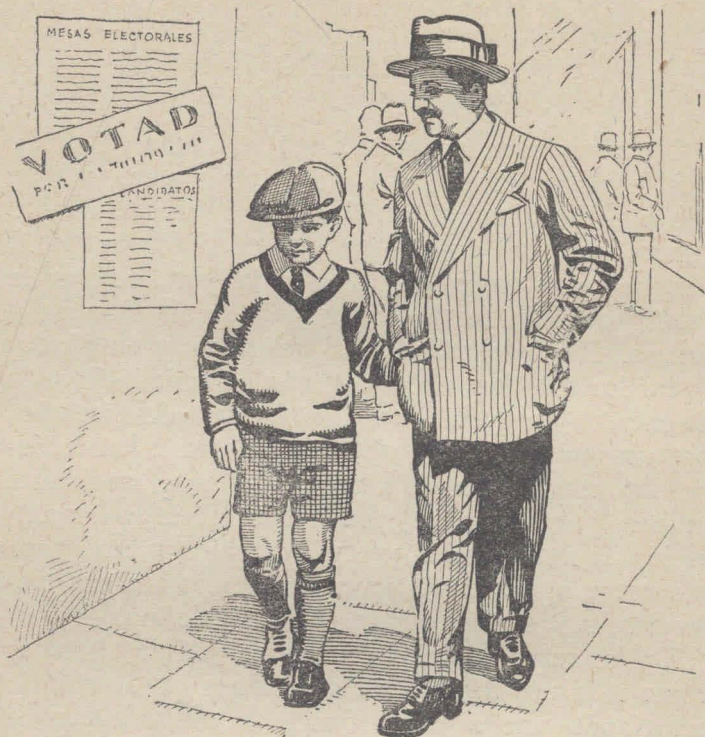
Con qué objeto usa de esa simulación este pajaraco, no se ha descubierto aún; pero, fundadamente, créese que al dormir quiere aparentar vigilancia, dando la cara simulada a sus presuntos enemigos, los cuales imaginan ver en él, no al pequeño caburé de escasa defensa, sino a una lechuza de fuertes uñas.

Este fenómeno — concluyó diciendo el maestro — es un caso de mimetismo, y me complace mucho que lo hayas advertido aprendiendo así algo nuevo.

EL MIEDO

No conozco emoción más tonta ni más peligrosa que la del miedo. Haya o no razón para perder ese equilibrio moral que podemos llamar sangre fría o serenidad ante el peligro, el miedo es tonto porque nada remedia y sólo sirve para nublar la inteligencia de las personas y quitarles fuerzas y ánimo. He agregado que es peligroso, y en efecto, todos los días leemos que el pánico (miedo llevado al exceso) producido por una alarma de incendio, por un naufragio, o por otro accidente cualquiera, ha causado más víctimas que el accidente mismo, pues la gente, perdida la serenidad, oscurecida la inteligencia y sin contralor moral para sus actos, agranda y agrava los riesgos con sus violencias, sus exaltaciones y su indisciplina.

En los casos de epidemias se ha podido observar cómo el miedo debilita a las personas que lo sufren, ocurriendo que aquéllas que más temor tienen a un posible contagio, más pronto sufren las consecuencias del mismo. Siendo la emoción de miedo una verdadera cobardía, debe combatirse como un defecto, lo mismo en el hogar que en la escuela. El día en que todos comprendan cuán preciosas son la serenidad ante el peligro y la disciplina necesaria para regir nuestras acciones y no entorpecer las de los demás en momentos de confusión y accidentes, las víctimas del pánico dejarán de anotarse en cada suceso desgraciado; y la educación moral habrá encontrado un firme punto de apoyo para su perfeccionamiento.



LA PATRIA LO RECLAMA

—¿Puedo ir contigo? — pregunta Héctor viendo a su papá en disposición de salir.

—Hoy es día de elecciones, — contesta el padre, y voy a cumplir uno de mis deberes de ciudadano: votar.

—¿Me permites que te acompañe, papá? Desearía que me dijese algo sobre eso...

—Vamos, entonces. Te dejaré en las inmedia-

ciones del comicio, pues sólo deben entrar en él, los que van a ejercitar su derecho de votar.

—Has hablado de una de tus obligaciones de ciudadano. ¿Qué obligaciones son esas, papá?

—Tenemos para con la patria, deberes múltiples; en primer lugar, amarla como a madre tierna; luego, servirla con lealtad desde el puesto que la vida nos depare; prepararnos para defenderla si alguien la atacase; elegir a los hombres que deben dirigir sus destinos, que es lo que voy a hacer yo, votando por los que en conciencia, creo mejores.

—¿Todos los hombres de nuestro país tienen esas obligaciones con él, papá?

—Algunas de ellas sí, otras no. El voto, la conscripción y el armarse en defensa de la patria son deberes de los ciudadanos argentinos; respetar y cumplir las leyes, lo son de todos los habitantes; aún de los niños.

CARIDAD

Si con afán gentil tu acción te guía
hacia el dolor, del infortunio hermano,
pon en tus labios el dulzor de mieles
y suavidad de sedas en tus manos.

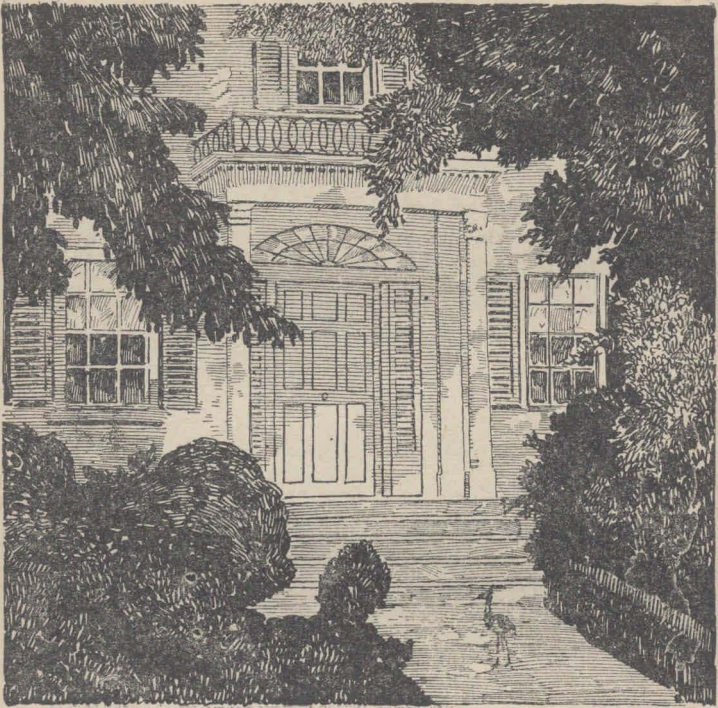
Y que tu ofrenda al desdichado sea
como don superior, sencilla y tierna;
¡flor de bondad que irradia su perfume
sólo al calor de la piedad fraterna!

Haz de la caridad égida noble
y de ella, al dulce y protector abrigo,
abre tu corazón como dos alas
sobre el huérfano, el triste y el mendigo.

Acércate al que sufre, al desmayado,
al que lapida ciega la estulticia;
al leproso, al paria y al que gime
con hambre y sed de amor y de justicia.

Hazte vaso de lágrimas ajenas
(cosecha de dolor, ingente y rica)
que es ese llanto, fuego que acrisola,
y las almas eleva y purifica.





EL TRABAJO EN EL JARDIN

El jardín que se ofrece ante nuestros ojos, tiene la vaga poesía de los rincones umbrosos y un poco olvidados. Grandes árboles le dan sombra; la humedad persiste bajo las ramas. El arrayán y el boj que rodea los canteros, crecen descuidados y en fraternal entrevero con las gramillas y otras hierbas salvajes. Todo en él es silencio; pero en medio de

esa calma, palpitan las fuerzas de la vida y del trabajo. Observad y lo veréis.

Por entre el bosquecillo de arrayanes, asoma un sapo su fea cabezota; el cuerpo verde se confunde con el bosque que festonea los arriates, y agazapado así, a la sombra de las matas, parece que acechara una presa. . .

Acaso esto sea verdad, porque el sapo conquista con su trabajo el derecho a la vida. Desde su escondrijo, algunos saltos le acercan a la babosa que se mueve trabajosamente sobre la arena del camino; más allá caerá sobre las dañinas orugas; y haciéndose el dormido, atrapará las moscas y los mosquitos. . . Es el peón más diligente del umbroso jardín.

En el otro extremo, un tero elegante y gracioso se pasea con trazas de caballere de desocupado; pero no lo está, aunque tal aparente.

Un picotazo aquí, otro allí y las lombrices de tierra, los escarabajos, los caracoles, las vaquitas de San Antonio y los pulgones de los jazmines, habrán desaparecido de su jurisdicción.

¡Buen jardinero el lindo caballere de erguida y encopetada cabeza y hermosas polainas rojas!

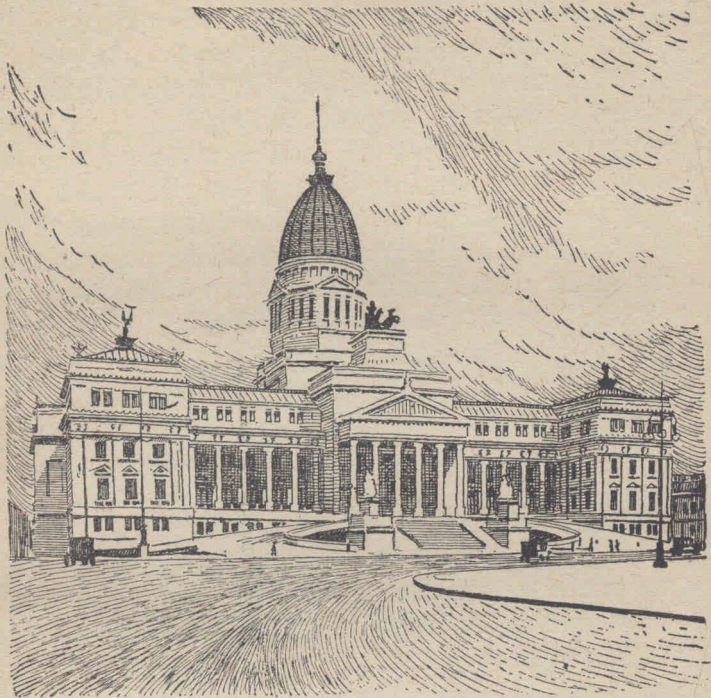
De un árbol a otro, ha tendido la araña sus telas flexibles. El vaivén de las ramas rompe los hilos finísimos y la arañita corre a componerlos con diligencia ejemplar. Luego, añade una arandela a su tejido, y otra y otra, incansable y activa como la más recomendable obrera. . .

Aquí, un pajarillo construye su nido. ¡Con qué premura acarrea briznas y pajillas para mullirlo! Allá, ha fabricado su casa de celdas superpuestas una avispa laboriosa. . . Y amasa el barro especial

de su edificio, como un buen albañil la mezcla para el palacio de un cliente afortunado. . .

En el viejo jardín el trabajo representa la vida, lo mismo que en el seno de las sociedades y de los pueblos. Su nombre equivale a riqueza, prosperidad, pujanza y fe en el porvenir.





LA CASA DE LAS LEYES

(Congreso Nacional)

¿Qué menos que este soberbio palacio merecen las leyes, forma escrita de la voluntad del pueblo, en su perpetuo anhelo de justicia y buen gobierno?

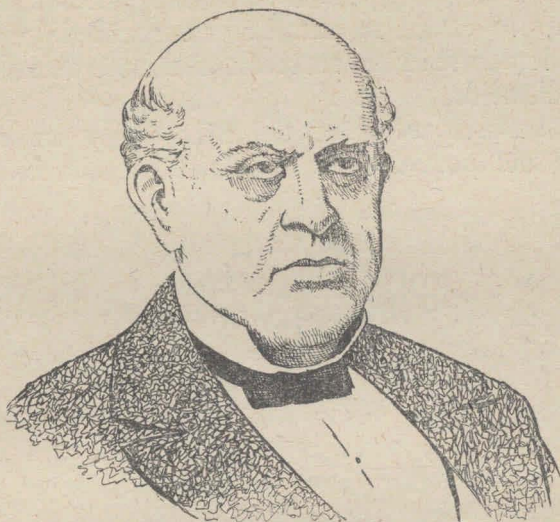
He aquí el salón de sesiones, donde los hombres elegidos por el voto popular, ejercitan su representación con un alto sentido del bien público. El salón de los *pasos perdidos*, las cómodas galerías y

las antesalas, son todo un organismo que responde a las actividades del enorme recinto.

La Cámara de Diputados y la de Senadores son las dos mitades de ese corazón que se llama Congreso y que es, en verdad, núcleo principalísimo de la vida institucional y democrática del país.

El noble espíritu de nuestros varones preclaros flota sobre los hombres que, ejercitando la voluntad del pueblo, planean, discuten y sancionan las leyes que han de llevar en sí, garantías para la libertad, estímulo para el trabajo, aspiraciones de bien, de orden y de equidad.

El Parlamento Argentino tuvo figuras de importancia tal, que la Historia no podrá jamás olvidarlas: Sarmiento, Mitre, Avellaneda, Estrada, Goyena, Pellegrini, Mansilla, Alem, Del Valle, Drago y muchos otros de no menos significación y relieve. ¡Que sus manes inspiren a los legisladores del presente y hagan su obra duradera y proficua, para el progreso y el bien de la Nación!



SARMIENTO

Desde que la obra genial de Sarmiento en la educación del pueblo dejó ver sus frutos magníficos, se han agotado las palabras más lisonjeras en honor del Maestro que tan bien las mereció. ¿Qué decirnos, pues, de esta majestuosa figura nacional que ha pasado a ser símbolo y ejemplo, de generación en generación?

Todo cuanto en la escuela argentina existe hoy de ciencia, método, democracia y abnegación, se debe a la iniciativa de aquel hombre genio; todo lo que el niño recibe en bien y en fuerza de carácter, principios de igualdad, conceptos de civismo, acción humanitaria y elevada; en libertad de

conciencia; en respeto a sí mismo y a los demás, lo impuso él, en su batallador empeño de progreso y de democracia; en su tesón incesante de adelanto y civilización.

La heroica voluntad del Maestro y su aguda visión del porvenir de la patria, necesita imitadores.



ALEGRÍA DE VIVIR

Estoy contento de vivir, hermano,
la vida que el trabajo me procura,
abierto el corazón, ancha la mano,
la frente limpia y la conciencia pura.

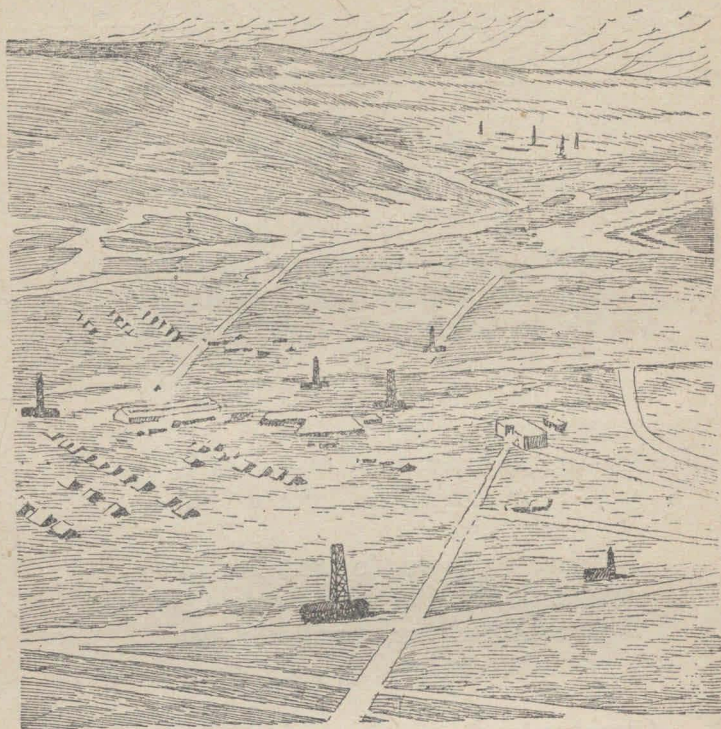
Es en mi mesa el pan de cada día,
suculento manjar; néctar, el vino;
las sazonadas frutas, ambrosía,
y el agua fresca, mi licor divino.

La risa, orquesta de variados sonos,
estallando en vibrantes carcajadas,
hace sabrosos tan sencillos dones
y espumantes las copas desbordadas.

Para todo el que llega a mis umbrales,
hay en mi hogar alegre, sal y fuego,
y en mis labios palabras fraternales
de paz sencilla y de cordial sosiego.

Con los otros comparto mi bonanza,
y en el fervor de mi entusiasta empresa,
¡bien quisiera partirles mi esperanza,
como el pan y las risas de mi mesa!





EL PETROLEO

Nos encontramos en la costa del Chubut, en las inmediaciones de Comodoro Rivadavia, donde los vientos soplan sin tregua y las olas azotan la playa en amenazante vaivén; lugar favorecido por la Naturaleza con abundantes tesoros petrolíferos, como justa compensación a la inhospitalidad de su clima y a la dureza y esterilidad de su suelo. Asistimos a los preliminares para la explotación

de un nuevo pozo, que los técnicos han demarcado en la rica zona, donde ya existen muchos otros en actividad.

Señalado el lugar, se acaba de levantar en él una torre de hierro de quince metros de altura, más o menos, destinada a sostener el barreno que taladrará el suelo.

Vimos luego la colocación de un torno de cuatro brazos. Un obrero por cada brazo lo impulsa, haciéndolo girar sobre sí mismo, y sus vueltas hunden el perforador, el cual, por medio de un mecanismo especial, arroja al exterior la mezcla de piedras y tierra que desaloja en su trayecto.

Cuando la perforación llega a los cien metros, se entuba el orificio con un doble caño, cuyo espacio intermedio se rellena con cemento llamado fulminante. Una vez seco éste, continúa el trabajo del barreno hasta que el ingeniero que dirige la operación advierte, por la mezcla que arroja aquél, la proximidad inmediata de la napa petrolífera.

En algunos casos, el primer desprendimiento es de gases. Estos se recogen por medio de cañerías y se depositan en grandes gasómetros para uso y consumo de la población. Luego, por medio de extractores eléctricos o a vapor, se estimula la salida del petróleo, el cual, bajo el aspecto de un líquido negro y bituminoso, va a depósitos de zinc o de tierra, para luego ser destilado y purificado en el propio lugar de la explotación o enviado en bruto, para combustible o destilación a Buenos Aires, La Plata, Rosario, Santa Fe, etc.

Hay ocasiones en que, al alcanzar el barreno la napa petrolífera, el líquido sube con tal violencia

y en tanta cantidad, que arrastra consigo máquinas, torre, tubos y cuanto encuentra a su paso, así como otras, en que la abundancia de petróleo excede todo cálculo. En nuestros Yacimientos Nacionales, el pozo N.º 1 de rendimiento, estuvo lanzando líquido durante cinco meses, en proporción tal, que no alcanzaban los depósitos para contenerlo.

El petróleo da a la industria numerosos derivados, tales como la nafta, bencina, kerosene, trementina, etc. y veintiún colorantes muy estimados.

Además de la zona petrolífera de Comodoro Rivadavia, la Rep. Argentina tiene yacimientos en el Norte, tan ricos acaso como los del Sud.





EL CERRO DE LA GLORIA

—¿Qué monumento es ese del Cerro de la Gloria, que menciona este libro, Rodolfo?— preguntó Blanca a su hermano.

—Uno de los más bellos de nuestro país. Mendoza posee los dos más originales que en él existen: el de San Martín, en el Cerro de la Gloria y el de Cristo Redentor, en las nieves de los Andes, no lejos de Puente del Inca.

—Explícame todo eso, hermano; me parece muy interesante.

—El monumento del Cerro de la Gloria es notable por el pedestal que se ha buscado para el grupo en bronce que representa a San Martín, disponiéndose a cruzar los Andes. Lo forma un cerro de más de cien metros de elevación, cortado en forma de cono truncado.

El monumento se admira mejor desde abajo; pero ¿quién resiste a la tentación de subir? Rodeando el cerro en cómoda espiral, va hasta la cumbre un amplio camino para automóviles; a mí me tocó subir de otro modo, porque en esos días unos temblores de tierra habían abierto profundas grietas en ese camino y estaba cerrado para el tráfico.

—¿Y por dónde subiste, entonces?

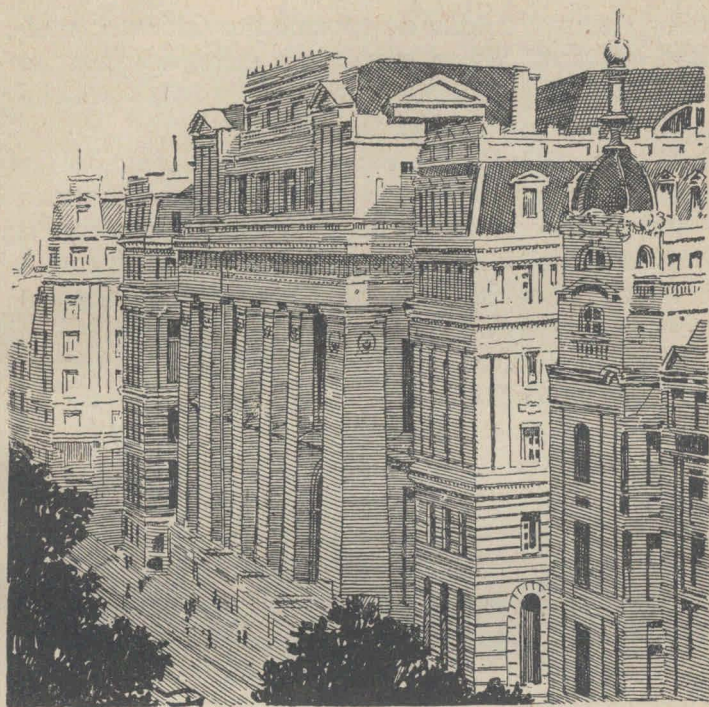
—Por un sendero de cabras, abierto entre las breñas de la ladera; te aseguro que era preciso afirmar bien un pie antes de adelantar el otro.

El cerro está situado al final del Gran Parque del Oeste; a su pie corre el río Mendoza, y en conjunto, constituye el pedestal más soberbio que pueda tener un bronce dedicado al Libertador.

—Tus datos son preciosos, Rodolfo; te prometo no olvidarlos y tratar de aumentar los conocimientos que con ellos me das.

Rodolfo sonrió complacido; sabía que su hermanita era estudiosa y deseaba instruirse.





TEMPLO DE LA JUSTICIA

Un gran edificio de sobrio y elegante estilo, emplazado frente a la estatua del prócer, general Don Juan Lavalle, que se levanta en el centro de la plaza de su nombre, es sede y templo de la justicia.

Ascendamos la escalinata de piedra de una de sus vastas entradas. Una galería corta en cruz la magnífica construcción y centenares de oficinas se abren a sus innúmeros pasillos. Estos parecen

calles de una ciudad de enorme movimiento; multitud de personas se cruzan en ellos durante las horas de despacho, en gestión de asuntos relacionados con la aplicación de las leyes.

El gran palacio fué creado para tal fin; allí se juzga el crimen y el delito; se falla y se condena o absuelve; y la majestad del juez engrandece la conciencia del hombre a quien la sociedad confía la distribución de la justicia, de acuerdo con las previsiones del Código.

El Poder Judicial, representado por los jueces que reprimen el delito y las leyes que tal represión facilitan, es una de las tres columnas sobre las cuales se afirma el gobierno democrático de nuestra patria. Entre las tres, es la que en mayor proporción debe mantener la pureza y austeridad de sus prestigios, para que jamás los empañe la sospecha del interés personal, de la venalidad o del dolo.

El juez, en el ejercicio de la aplicación de las leyes, es la conciencia de la patria imponiendo su sanción inalienable.





EL AHORRO

—¡Una limosna, hermano!
¡Ay! No demande tu piedad en vano
quien prisionero del dolor se ve!
Enfermo y solo, mísero y mendigo,
sin techo, sin fortuna y sin amigo,
sólo tengo el recuerdo del ayer,
cuando en fácil derroche de riquezas,
en fiestas, en placeres y en larguezas,
el castigo del pródigo olvidé!

La previsión me pareció importuna,
eterna la bondad de la Fortuna
y la mies de mis campos aventé...
¡No queda en mi granero un solo grano!
¡Una limosna, hermano,
y el cielo en premio reflexión te dé!...
¡Que quien no busca en el trabajo guía
y en el ahorro y la virtud confía,
en tal mañana incierto se ha de ver!

Dijo, y besando la vulgar moneda
entre la sombra queda
un confuso borrón tan sólo fué.





LOS HÉROES

Lorenzo y su papá se habían sentado a tomar el fresco en un banco de la plaza Rodríguez Peña, frente a la estatua del general O'Higgins.

El niño, inteligente y vivaz, detuvo su atención en la estatua y exclamó:

—¡Qué magnífica obra de arte, papá!

—En efecto; es un bello grupo, artísticamente ideado y digno de su objeto. En cuanto al héroe, es una de las figuras más brillantes de la historia americana.

—Yo quisiera ser militar, papá; me gustaría tener algún día una estatua que me representara así, tan marcialmente.

—¿Tú crees, pues, que sólo los militares merecen

estatuas y que sólo ellos son héroes? Te equivocas, hijo mío. La heroicidad guerrera pertenece al pasado, en el que las luchas entre los hombres eran constantes y no se destacaba más valor que el de atacar o defenderse. Hoy, que la paz reina en el mundo y que todos unimos nuestros esfuerzos para que sea verdadera y fecunda, la heroicidad toma representaciones menos brillantes, pero más humanitarias.

El bombero que salva la vida de las personas aprisionadas por el incendio; el náufrago que arroja su salvavidas al anciano, a la mujer o al niño que sin él se sumergirían en el océano; el amigo fraternal que da su sangre para alimentar la vida del ser querido en la transfusión salvadora que el médico aconseja como último recurso de la ciencia; el aviador que vuela en socorro del perdido en los hielos, a veces para perecer él también entre ellos, como el inmortal Amundsen; el hombre de ciencia que en su laboratorio busca el medio de combatir terribles y asoladoras enfermedades, y tantos otros que arrostran peligros y sacrificios en beneficio ajeno, sin más mira ni interés que hacer el bien: he ahí los héroes del presente.

—¡Tienes razón, papá! ¡No es necesario vestir uniforme para ser héroe! Ahora lo comprendo.

Y Lorenzo, el hombrecito de once años, se sintió lleno de respeto por esos héroes de la paz, que la humanidad exalta hoy a la gratitud y admiración del mundo.



LOS NEVEROS DE LOS MARES DEL SUD

La imponente mole de montañas con sus crestas coronadas de nieve, sus faldas vestidas de bosques y el raudal de sus vertientes deslizándose hacia el mar, se abre de pronto en un ancho tajo, profundo y deslumbrante. Diríase detenida allí una enorme catarata de nieve solidificada. La blancura de aquella masa colosal de hielo, está salpicada de misteriosas anfractuosidades azules, como si pedazos de cielo hubieran quedado aprisionados entre los

bloques gigantes; pinceladas que declinan en fugitiva gama de tonos, hasta el blanco purísimo de las nieves eternas.

Tal los glaciares o neveros del Estrecho de Magallanes, imponentes, majestuosos en el silencio de las montañas, sólo turbado por el vuelo fugaz de un águila o de un cóndor, en la calma absoluta del ambiente.

De pronto retumba en la oquedad un tronar como el del disparo de un cañón. Es un alud desprendido de la masa nevada que baja, impulsado por fuerza avasalladora, a sepultarse con horrísono estruendo en el mar, sembrándolo de témpanos amenazantes.

Una leve trepidación cualquiera ha bastado para provocar este desprendimiento y precipitar toneladas de hielo en las aguas alborotadas. ¡Figuraos el espectáculo bravío y grandioso que ofrecerán estos neveros en un día de tormenta, cuando la catarata, transformada en fantástica caída de bloques helados, mueva su masa colosal en carrera incontenible y arrolladora hacia el mar!

PROSCRIPCIÓN Y MUERTE DE BOLÍVAR

A orillas del Atlántico, en quinta solitaria, se halla tendido un hombre en un lecho casi humilde; poca gente, poco ruido. El mar da sus chasquidos estrellándose contra las peñas o gime cuando sus ondas se apagan en la arena.

Algunos árboles oscuros alrededor de la casa parecen los dolientes; sí, porque ese hombre se muere.

¿Quién es? Simón Bolívar. Y, el Libertador de tantos pueblos ¿agoniza en semejante desamparo? ¿Dónde los embajadores, dónde los comisionados que rodeen el lecho de ese varón insigne? Ese varón insigne es un proscrito a quien cualquier perdido puede quitar la vida; su patria lo ha decretado.

Murió casi en la necesidad, rasgo indispensable a su grandeza. Las riquezas son como un desdoro en los hombres que nacen para lo alto, viven para lo bueno y mueren dejando al mundo lleno de su gloria.

JUAN MONTALVO

(Ecuatoriano — Nació en 1833, murió en 1889)



EN EL DÍA DEL ÁRBOL

Es la fiesta del árbol, nuestro amigo,
el que en la linde, el soto y la ladera,
nos da en invierno protección y abrigo
y enramada florida en primavera.

El que en el huerto familiar se engríe
con la riqueza de sus pomas rojas,
o por las grietas de su tronco ríe
bajo la ancha sombrilla de sus hojas.

El que las lluvias aman; el que sana
con las esencias de su aliento suave,
y en un abrazo protector hermana,
enredadera y nido, insecto y ave...

El que abatiendo las enhiestas ramas,
la pobreza del mísero atempera
y le hace ver brillantes oriflamas,
en la efímera gloria de la hoguera...

¡El árbol, nuestro amigo, que hoy acrece
su riqueza inmortal! ¡Mirad el llano
y ved que un bosque nuevo reverdece,
plantado con amor por nuestra mano!

EN EL CERRO "EL VOLCÁN"

(Recuerdos de Jujuy)

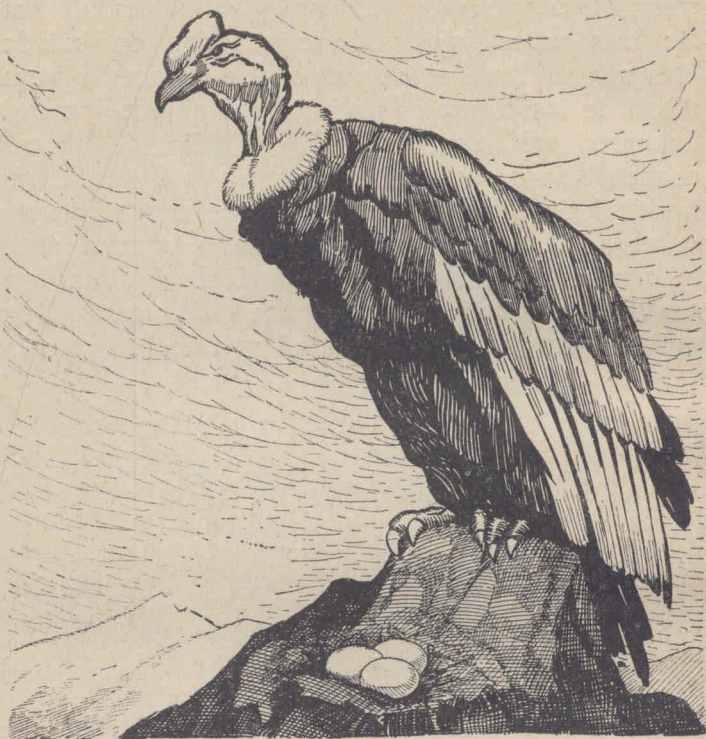
En la soledad de la serranía andina y frente al misterio inaccesible de los picos eternamente nevados, de las grutas donde ululan los vientos, y del cóndor soberano que recorta su silueta serena sobre el azul purísimo del cielo, los accidentes del terreno: el cerro, la vertiente, el lloradero, parece que cobran alma; el alma mística que les da el sentimiento, asaz primitivo, de las razas cuyos últimos ejemplares aun vagan entre los riscos de las laderas o levantan sus chozas de adobe a la vera del bosque secular.

Cuando en el flanco de la montaña hierven las solfataras y siembran las adyacencias de pedruzcos calcinados, es que el cerro se ha enojado. Un religioso respeto mueve el fervor místico del aborígen, y su alma se vuelve a los dioses tutelares, que por instinto siente en torno suyo, como en los tiempos pretéritos de su libertad y de su imperio.

La lluvia envuelve los perfiles de la serranía, y el fenómeno comienza. La greda baja lentamente por las laderas del cerro y se extiende en capa cenicienta y espesa a lo largo de los carriles. Mientras la lluvia persista en esos largos meses de diciembre a marzo, la greda seguirá bajando y tendiéndose para entorpecer el tráfico, impedir el paso del ferrocarril y suprimir el lujo de las buenas viandas a los pobladores de la coqueta Tílcara, de la pinto-

resca Maimará, o de la adusta y seria Humahuaca, las tres villas jujeñas, encaramadas en saludables alturas, que se disputan el contingente veraniego de las capitales vecinas. La charca inmensa de cieno gris, que fué primero hilo de pesada corriente, luego arroyuelo fangoso y más tarde gran río de lodo, sube y sube como marea amenazante y aísla el norte, poniéndose como barrera entre el hombre y la Naturaleza, cual si el alma brava de la montaña, se irguiera agresiva ante el ser que se llama, a sí mismo, el rey de la creación.





LOS NIDOS

Los pájaros son, entre los animales, los que más se distinguen por el cuidado con que construyen su hogar y preparan la cuna de sus hijos.

Cada especie tiene su manera de edificar ese hogar y mullir esa cuna, y algunos ofrecen particularidades tan curiosas, que vale la pena conocerlas.

Derivan ellas del arte con que resguardan sus

crías de la rapiña y destrucción con que otros animales las amenazan, de manera que según sea el enemigo que cada cual teme, las características varían de unas a otras.

Para empezar a señalarlas, consideremos un nido de boyeros. Todos conocéis este lindo pájaro negro, de pico amarillento y de silbido agradable, abundantísimo en el litoral y norte del país. Cuelga su nido, construído con fina paja entretejida en forma de bolsa, ancha abajo y angosta arriba; y lo prepara con plumas y pajillas escogidas.

La bolsa de los boyeros es una obra de arte, resistente y prolija. La sujetan a la rama elegida con tal maestría, que para sacarla es necesario arrancar la rama o cortar el nido.

Los cóndores llevan sus hogares a los sitios más inaccesibles de nuestras montañas. El exterior del nido revela la fuerza bravía de sus habitantes y del medio en que viven, pero el lecho está formado por musgo de las peñas, briznas y plumas de las presas inmoladas.

Las águilas hacen sus nidos en forma análoga, eligiendo los sitios rocosos que dan al mar. Para el cóndor y el águila, el enemigo temible es el hombre, y de él se cuidan.

¿Quién no conoce y admira el nido del hornero, la simpática avecilla familiar a nuestra gente de campo?

Encanta el arte con que este pájaro arregla el material de su casita, hasta darle el aspecto y solidez de una perfecta obra de albañilería.

No seduce menos el sentido de defensa que lo lleva a dividir su vivienda en dos habitaciones,

separadas por un tabique, de manera que la interior resguarde los pichones contra el frío y posibles ataques.

En los bosques del Chaco, el Tuyuyú de coral, especie de cigüeña adornada de un lindo collar rojo, construye su nido en la copa de los árboles gigantes; lo defiende con una orla de ramas espinosas de la variedad llamada allí espina corona, y lo afirma sobre maderos de grosor tal, que parece increíble que haya podido transportarlos en su pico, la zancuda de que hablamos.

Si continuásemos pasando revista a los demás nidos, nos encontraríamos con otras tantas maravillas y llegaríamos a la conclusión de que el nido para el pájaro, como el hogar para el ser humano, se forma con la visión de la paz y el cariño que reinarán en ellos.



VIDA MODERNA

En el presente momento de la vida de las sociedades, todo tiende a hacerla más cómoda y agradable. La mecánica, el vapor y la electricidad han transformado la existencia, haciendo del duro trabajo de antaño una tarea llevadera; dejando al espíritu el tiempo que necesita para su perfeccionamiento y abriendo al cerebro anchas vías de luz.

Si retrocedemos con el pensamiento cinco o seis décadas, veremos que lo mismo en el taller que en el hogar, el trabajo era duro y fatigoso; el padre en el comercio, la fábrica, el aserradero, la fundición o el escritorio, y la madre en las tareas de su casa, terminaban la labor juntamente con el día, extenuados y entristecidos. El brazo tenía que ser de hierro para no rendirse jamás; el espíritu debía acallar todos sus deseos; la mente limitar sus pensamientos a la faena ruda, y el tiempo, la voluntad y la vida toda, se subordinaban al quehacer obligatorio. ¿Qué extraño, entonces, que el hombre quisiera encontrar el medio de hacer esta existencia más llevadera y ese trabajo más fecundo?

Cuando la mecánica, alentada por el vapor y la electricidad creó la máquina, y empezó la era

de esas maravillosas invenciones que hoy mismo nos asombran por su perfección, empezó a simplificarse la labor humana, a hacerse más liviana la jornada y a gobernar el hombre sobre el tiempo, su tirano de ayer. Ayudándole en su obra de mejoramiento, la higiene pública y privada se intensificó; comenzó el reinado del agua limpia, de la gimnasia, de los deportes, de la alimentación metódica, de la distribución racional de las horas de modo que haya para el descanso, para el estudio y para el trabajo. El sol y el aire libre entraron en la vida de las gentes como reyes y señores para alegrarla y sanearla; se multiplicaron las aplicaciones de la electricidad en bien de las tareas del hogar con los aparatos que barren, sacuden, lavan, planchan, cosen, zurcen y bordan, mientras en las oficinas las máquinas calculan, suman, escriben, copian y dictan, y en los talleres parecen creaciones de magia por la labor maravillosa que ejecutan.

El arte ha tomado también su parte en este avance de ventajas para la humanidad: aparatos delicadísimos reproducen la música de los mejores autores con nitidez y propiedad admirables, transformando nuestra casa, en un salón de concierto; la radiotelefonía nos trae de distancias más o menos lejanas, conferencias, consejos, palabras de cordialidad, trozos selectos de lecturas y poesías, enseñanzas y noticias... ¿Qué más?

Nuestros antepasados no pudieron soñar con estas conquistas que nos han redimido de la dura vida de antaño y que hoy hacen del trabajo un entretenimiento agradable con que mantenemos la agilidad del espíritu y nuestra propia existencia.

LA SIESTA

Calor de fragua. La fuente
con su murmullo sonoro,
nos invita, pura y fresca,
a beberla sorbo a sorbo...
Los corderos se guarecen
de los sauces bajo el toldo,
y el camino reverbera
como la boca de un horno...
Con agreste cantilena
de las cigarras el coro,
pondera la dulce sombra
que disfrutaban en el soto,
mientras las abejas giran
de sus colmenas en torno,
ebrias de sol y de mieles,
de perfumes y de polen...

Pesa la siesta... se cierran
involuntarios los ojos;
el resorte de las manos
va aflojando, poco a poco,
y el libro que ellas tenían
rueda un momento en el polvo.
La cabeza, desmayada
como tronchada del tronco,
busca en el árbol vecino
cojín para su acomodo;

respira el alma tranquila
la paz que emana de todo...
Vibra el arpa del silencio
con imperceptibles sonos,
haciendo cantar de cuna
el zumbido del abejorro...
Y la tarde nos sorprende
al llegar a su tramonto,
bajo las alas del sueño
en sosegado abandono.



LLAMADO DE AUXILIO

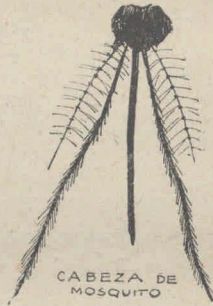
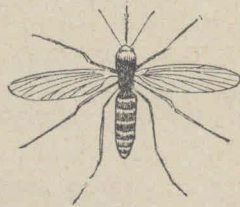
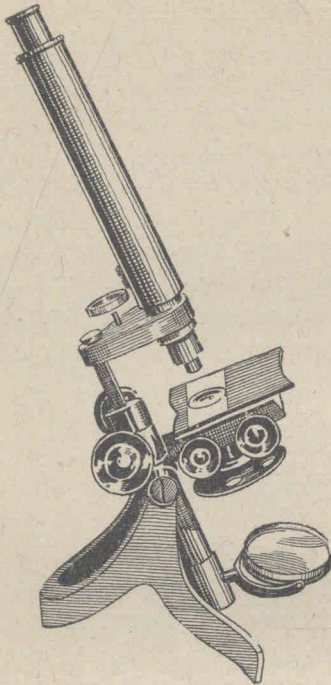
En medio de la niebla que envuelve el mar y la tierra, un grito cruza, sin oírse, la atmósfera opaca...

La chispa eléctrica ha relampagueado sobre el mástil de un buque en peligro, y las ondas la han llevado en sus círculos hasta cien antenas distintas, donde encuentra eco inmediato el silencioso pedido de auxilio.

“S. O. S.”, dicen las señales que recogen las es-

taciones; y las tres letras tienen tan sobrada elocuencia, que una, dos, varias naves cambian su derrotero, olvidan sus propios peligros y se lanzan en socorro del barco desconocido que lo reclama. Un solo sentimiento se alza en el corazón de los bravos marineros, frente a las señales angustiosas: el de la abnegación. No importa qué buque las lanza ni dónde esté: no importan las fatigas que cueste acercarse a él, ni el cambio de ruta ni el gasto que ello origine; tales consideraciones son harto mezquinas cuando vidas humanas en peligro han provocado el envío de las tres letras trágicas, para las cuales el hombre de mar tiene sólo una respuesta: ¡Esperanza!

Las conquistas de la ciencia se tornan doblemente nobles y doblemente preciosas cuando, como en este caso, se ponen al servicio de la humanidad. ¡Cuántas desgracias evitadas desde el día en que la chispa eléctrica se desprendió, por primera vez, de la antena de un buque y lanzada al espacio, llegó al oído de los marinos en angustiosa invocación de auxilio! ¡Y qué honda marejada de abnegación, de amor a los demás, de sacrificio, de heroicidad, levanta esa chispa milagrosa en el corazón de los hombres! ¡Consolador y magnífico espectáculo que nos dice cómo las virtudes humanas no mueren; cómo en el fondo de cada alma hay un rincón abierto al bien, donde se recogen los clamores ajenos, para devolverlos en piedad y en esperanza!



EL MICROSCOPIO

El profesor acababa de colocar en el portaobjetos del microscopio algo tan pequeño, que Ramón no lograba descubrirlo desde su sitio. Se aproximó pues, y con trabajo, pudo comprobar que se trataba del cadáver de un mosquito. . .

—Ven aquí y observa por el anteojo, — díjole el joven profesor, vecino y amigo de Ramón. — ¿Qué ves?

—Un mosquito que parece, visto así, un animal enorme... Distingo perfectamente todos los detalles de su cuerpo.

—En efecto; tienes la oportunidad de ver la trompa con que el pequeño, pero dañino insecto, absorbe nuestra sangre y transmite no pocas enfermedades.

—Sí; la veo bien, entre dos pequeñas partes salientes a manera de antenas.

—¿Qué puedes decirme de su cuerpo? ¿No hallas en él nada notable?

—¡Está cubierto de pelos...! ¡Es maravilloso! ¿Quién diría que el mosquito tiene su cuerpo revestido de pelos?

Sonrió el profesor ante el asombro de Ramón y díjole:

—Nadie lo diría, sin duda, a menos que, como tú, usara un microscopio para observarlo. El mecanismo de este instrumento es bien sencillo, como lo puedes comprobar fácilmente. Responde a la combinación de dos cristales, colocados en las extremidades de un tubo, cuya separación es graduable.

El tubo está montado en un soporte de bronce, que sostiene también la planchuela de cristal donde colocamos el objeto a observar.

El microscopio no es más que una modificada aplicación del antejo que inventó Galileo en 1609.

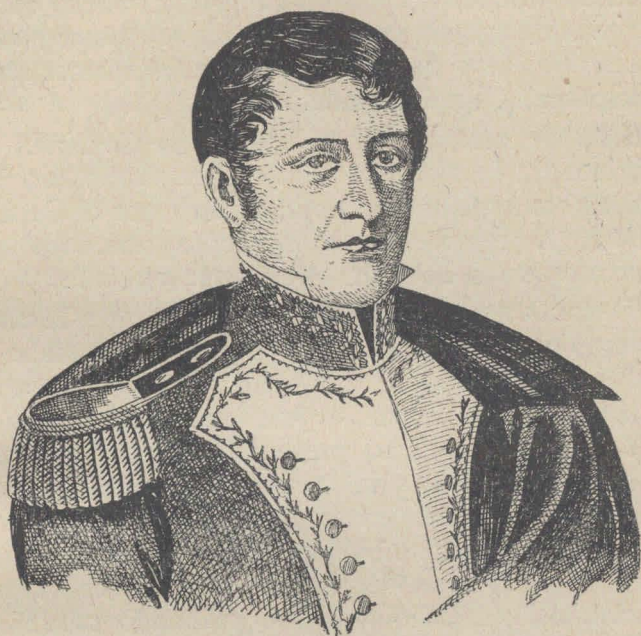
Con el correr de los años se ha ido perfeccionando y hoy nos permite ver objetos que, como los pelos del mosquito, son invisibles para nuestros ojos.

Gracias al microscopio, que en algunos casos

puede aumentar varios miles de veces los objetos, se han descubierto los microbios.

Fácil ha sido así estudiarlos y encontrar la manera de combatirlos.

Ramón que escuchaba con interés al joven profesor, anotó cuidadosamente en su memoria estos datos; como escolar bien aprovechado, esperaba que no le faltaría ocasión para lucirse en física y obtener buenas notas a su favor.



VALOR Y NOBLEZA

(Anécdota de Belgrano)

Fecunda en rasgos generosos fué la campaña al Paraguay iniciada por el General Belgrano, por orden de la Junta Revolucionaria.

La paz inalterable de su alma, ese principio de profunda bondad que la caracterizaba, encontraba a cada paso ocasiones de demostrarse sin esfuerzo, sin violencias, como algo innato que pugnaba por aparecer en todos los actos, suavizando las situa-

ciones difíciles, acentuando fuertemente un carácter ya de suyo simpático en grado extremo, y estableciendo lazos de afecto sobre las bases del alma, conquistada por la bondad.

Uno de esos rasgos salientes que iluminan las páginas de la vida del General Belgrano, tan justiciera como galanamente historiada por el General Mitre, lo representa la siguiente anécdota que basamos en la obra de este ilustre patriota.

Después de la capitulación y tratado de Tacuarí, cuando el general paraguayo Cabañas estaba al habla con el general Belgrano para arribar a las conclusiones de la paz, el jefe argentino, en una de sus conferencias hizo presente a Cabañas “cuán doloroso le había sido la sangre derramada entre hermanos, pertenecientes a la gran familia americana, a los cuales no había venido a hacer la guerra, sino a los nativos de España, por quienes los creía oprimidos”. Añadió que “no pudiendo mirar con indiferencia la suerte de los paraguayos, que habían caído durante la lucha, pedía que de la caja militar de su ejército, se aceptasen sesenta onzas de oro para que se distribuyeran entre las viudas y los huérfanos que hubiesen quedado”.

El general paraguayo aceptó aquella oferta, visiblemente conmovido, y Belgrano, correspondiendo a la simpatía que en su alma había despertado el comportamiento del militar aludido, sacó de su bolsillo un magnífico reloj de repetición que usaba, y le suplicó quisiera conservarlo en memoria de aquel día.

“Estos actos de caballerosidad”, — comenta el General Mitre — “realzados por el lenguaje per-

suasivo y las maneras cultas y afables del General patriota, cautivaron, desde luego, a Cabañas y a todos cuantos lo acompañaban”.

Tan cierto es, que la generosidad es hermana del valor, y que éste sin aquélla, antes que una virtud es un defecto, a veces terrible y desordenado. En muchas ocasiones, actos sencillos, de muy poco valor real, pero nacidos de un arranque de generosidad, determinan la victoria, allí donde las armas habrían encontrado una derrota.

LOS MUERTOS POR LA PATRIA

Una flor, otra flor y muchas flores
sobre estas tumbas que selló la muerte,
y a las que el alma con unción convierte
su gratitud, su afán y sus amores.

De la Patria los nobles servidores
aquí descansan en la paz; inerte
el brazo firme que hazñoso y fuerte
en la acción retemplara sus ardores...

Hombres de corazón; bravos guerreros;
esforzados maestros; magistrados;
mansos labriegos y soldados fieros...

Los que a la Patria dieron, abnegados,
ya en heroica defensa sus aceros,
ya en el trabajo bienes incontados.



ISABELITA EN LAS RUINAS DE TIAHUANACU

Isabelita, la niña más aplicada del cuarto grado de su escuela, efectúa un viaje de vacaciones en compañía de sus padres, por las altiplanicies bolivianas, con propósitos de observación y recreo.

Han salido de La Paz, capital provisional de aquella república vecina, en el ferrocarril que los conducirá hasta las ruinas de Tiahuanacu. Antes de llegar a las ruinas propiamente dichas, empieza

a mostrarse a los viajeros lo que queda de la capital prehistórica del imperio Tiahuanacu: monolitos enormes, con símbolos y figuras esculpidos en sus columnas milenarias, imitando vagos perfiles de cuerpos y cabezas humanos.

Isabelita y sus padres pueden admirar estos hitos que se levantan asimétricamente en la llanura.

Los viajeros descienden en la solitaria estación, y a pie trasponen la distancia que los separa de los restos mutilados de aquellos templos y palacios, que fueron orgullo del imperio extinguido.

Indios melancólicos y pobres albergues, diseminados en derredor, hablan de la decadencia y miseria del presente.

Aquí el templo del Sol con los pocos escalones y truncos pilares que dan idea de su pretérita majestad; con su puerta que fué grandiosa y cuyos sillares ostentan la sucesión curiosa de los cóndores mallcus, que eran símbolo del imperio; más allá los vestigios del palacio de justicia, del de los incas, todo en un hacinamiento de restos cada día más informes.

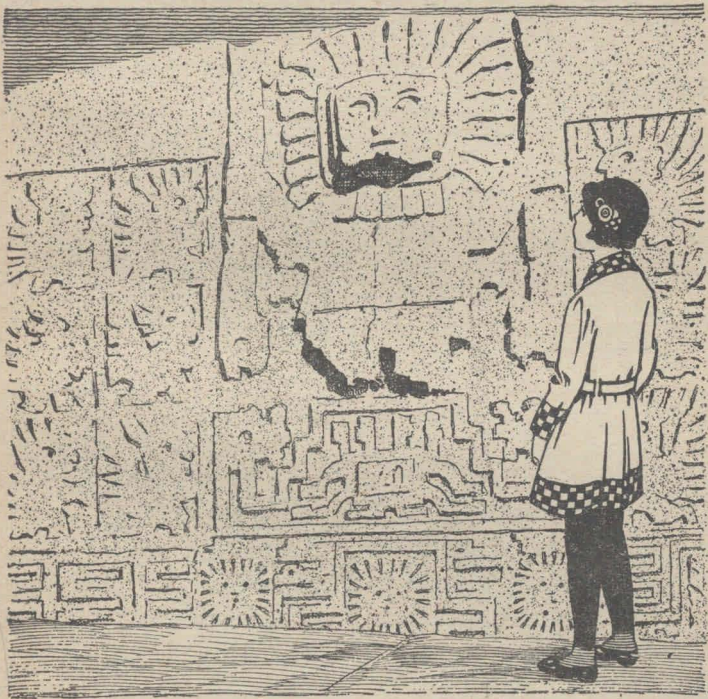
Isabelita contemplaba, muda de admiración, lo poco que va quedando del famoso imperio de Tiahuanacu; su padre, entretanto le decía:

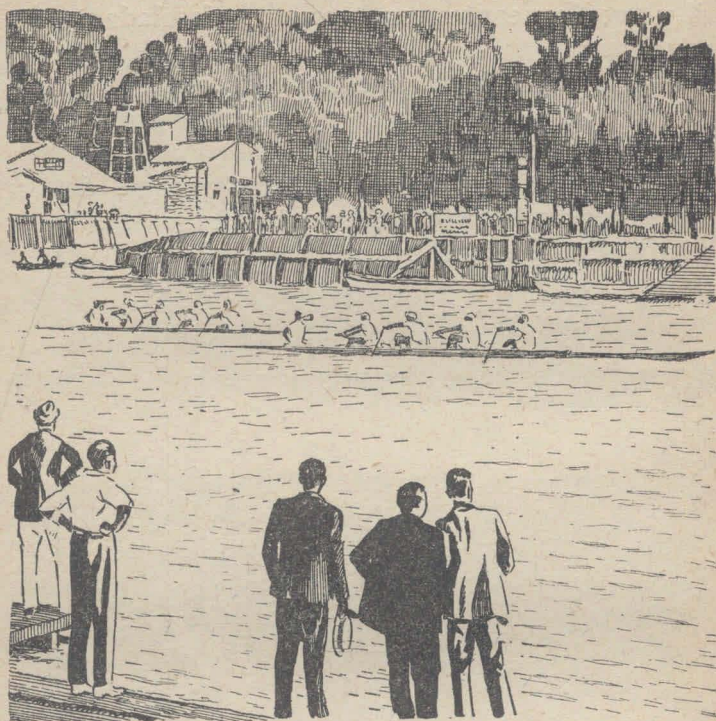
—Cuéntase que este imperio cuya famosa capital vemos en ruinas, floreció en población y riqueza inmensa, muchos siglos antes de la civilización incaica. Un terremoto formidable asoló la región; desbordó el lago a cuyas orillas se alzaba la capital, y cambió su faz, transformándola, de fér-

til y verdegueante, en yerma y desolada, como hoy la ves.

—¡Es maravilloso! exclamó Isabelita. Anotaré todos estos datos, papá, y me serán muy útiles para mis lecciones.

Demás está decir que la niña recogió de su viaje muchos otros conocimientos tan interesantes y provechosos como éste.





LOS DEPORTES

Una nutrida concurrencia de personas afluye a la Estación Retiro, de Buenos Aires. El día es de extraordinaria animación; en él se desarrollará una de las más simpáticas fiestas al aire libre: las regatas internacionales, que año a año llevan a las orillas del río Luján, en la vecina localidad del Tigre, millares de espectadores.

Alberto gusta de antemano las delicias del paseo y con la visión del espléndido espectáculo que se

promete, sube al convoy eléctrico que lo dejará en la estación de la ciudad nombrada. Desde allí, un largo trecho a buen paso, le obligará a poner a contribución la elasticidad de sus piernas.

Acodado en la ventanilla, ve pasar primero los trenes a vapor que parten con diversos destinos, dando frecuentes pitadas. A lo lejos, dos aeroplanos recortan en el fondo azul del cielo sus elegantes trazos de libélulas gigantescas. El tren enfrenta el bosque de Palermo. En las canchas de las instituciones de deportes, grupos de jóvenes, vestidos de blanco, disputan sendos partidos de tennis. Sobre el fondo rojo del suelo, Alberto juzga que ofrecen un movido y delicioso cuadro. Lo mismo las muchachas que los hombres, tienen los ojos brillantes, las mejillas arreboladas y un poco revueltas las cortas cabelleras.

En la avenida inmediata, elegantes amazonas y diestros jinetes conducen, sin esfuerzo aparente, briosos caballos.

—¡Qué hermoso! — exclama involuntariamente Alberto.

Se cruzan los jinetes con varios ciclistas. Estos, dirigiendo sus caballos mecánicos, no parecen envidiar a los primeros; por el contrario, demuestran entusiasmo y alegría.

Alberto es un apasionado del deporte, y en cuanto le rodea, encuentra un motivo para excitar su fibra deportista. Allí, tras las canchas rodeadas de blanca empalizada y en el seno de frondosas arboledas, su imaginación le permite adivinar la pileta de natación con la falange bulliciosa que se ejercita y zambulle en medio de risas y juegos; por el ca-

mino, se deslizan vertiginosamente automóviles, ómnibus y motocicletas.

Nuestro amiguito se deja impresionar por el ambiente de actividad y alegría que lo rodea, y al recordar sus triunfos deportivos, sonrío reanimado: él es campeón de patín y de pelota en el club infantil de su barrio, y el remo, el salto y la carrera lo cuentan entre sus buenos cultores.

—¡Tigre! — grita en ese momento el guardatrén, y Alberto se prepara para realizar su última etapa.

Un momento después lo encontramos en la escalinata de un club náutico, contemplando el magnífico espectáculo del campo de regatas. Este deporte lo entusiasma. El río cubierto de barcas, el sol, la luz, los trajes claros, las banderas multicolores, el perfume de las madreselvas, todo contribuye a llenar su espíritu de belleza y alegría.

—¡Hurra! ¡Hurra! — grita la multitud. Y los remeros del bote vencedor saltan a la orilla entre la muchedumbre que los aclama. Hay en esos rostros tostados y en esos pechos robustos, una manifestación rotunda de voluntad viril.

Alberto bate palmas, y su grito de entusiasmo es el más vibrante que escuchan los vencedores.

Porque nuestro joven amigo cultiva, junto con el deporte, el noble espíritu que acompaña al deportista y que se traduce en lealtad, emulación y justicia.

LOS TERREMOTOS

La primera página del diario que en gruesos y grandes caracteres anuncia un terrible terremoto, llama la atención de Carlos, quien no conociendo las causas que lo determinan, pide explicaciones a su padre, el que gustoso se expresa así:

—Sabrás que bajo la corteza terrestre se encadenan fuerzas considerables que a veces estallan y nos hacen temblar: de ahí los terremotos. Para hablarte de ellos debo decirte algo de los volcanes. Estos son, como sabes, montañas con bocas o cráteres, por donde expulsan de su seno torrentes de agua hirviendo, revuelta con cenizas, guijarros y llamas, acompañadas de ruidos atornadores.

Ahora bien; si vemos cenizas en esas erupciones, comprendemos que antes de salir las llamas a la superficie, han estado consumiendo en incendio lento, las materias combustibles subterráneas. Grietas por donde el aire y el agua penetran en el interior, ayudan a esta obra; el enorme calor central provoca la ignición; el aire de tales grietas, la aviva; el vapor de agua, hora por hora más denso, busca una salida; los desmoronamientos de rocas en el seno de las montañas producen espantosos ruidos y temblores en la superficie y sus alrededores; a veces la presión del vapor interior estalla y el cataclismo espantoso sobreviene; la montaña se rasga; rocas incandescentes se precipitan por sus flancos; bocas enormes se abren arrojando fuego

y lava hirviente; ondula la tierra buscando un nuevo acomodo para rellenar los huecos que dejan las masas de agua, ceniza y peñascos que corren al exterior, y las poblaciones se sienten sacudidas y a veces, las que se alzan en regiones cercanas a los volcanes, arrasadas en pocos minutos.

—¡Qué horror, papá! ¡Me has tenido suspenso con tu descripción!

—Te he dado una de las muchas teorías con que los sabios explican este fenómeno; todavía no se ha dicho sobre esto la última palabra. La Naturaleza es tan maravillosa que a veces nos cuesta penetrar sus secretos.

—¡Es asombrosa, realmente, papá!

Y Carlos, en silencio y sin saberlo, rindió un tributo de admiración a las maravillas del Universo.



EN EL DÍA DE LA MADRE

Hoy es día de amor, de sentimiento,
en el cual las memorias, una a una,
se deshojan en torno de una cuna,
síntesis de ternura maternal. . .

Hoy no hay un solo corazón que vibre
y en homenaje férvido no encuadre,
la figura adorada de la madre
bajo el techo seguro del hogar.

Surge de los recuerdos de este día
la que más nos amó; la que nos diera,
con el sér y la vida, la primera
luz de la inteligencia superior;
la que movió nuestro inseguro paso
en la ruta inefable; la que quiso
hacer del mundo entero un paraíso
para el bendito fruto de su amor.

La que grabó con delicada mano
en nuestra mente sus preceptos sabios,
y puso con su beso en nuestros labios,
sello de tolerancia y de bondad;
la que en amor se da como en perfume,
la flor que aroma el valle; la que fijó
el pensamiento en el afán del hijo,
lleva en los ojos luz de eternidad.

Regocíjese el alma que se entibia
con tal cariño celestial y eterno,

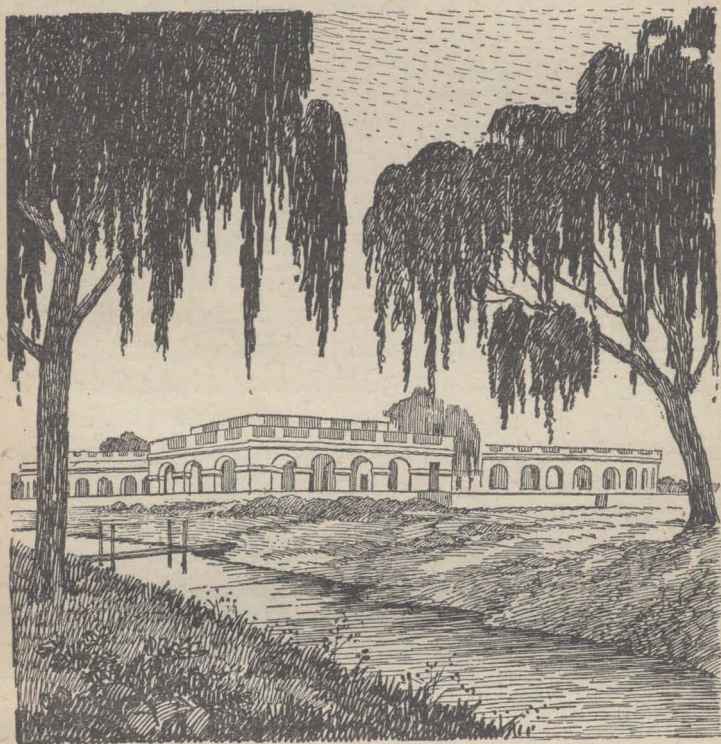
y que el filial abrazo, estrecho y tierno
trasunte de la nuestra lo mejor...

¡Todos los corazones de la tierra
— desde el más noble hasta el que el mal taladre —
álcense hoy en nombre de la madre
hacia algo puro, grande, superior!

Hombres que vais en pos de la fortuna
por los arduos senderos de la suerte
y sabéis que la vida se convierte
en la persecución de un ideal,
¡felices los que halláis bajo el alero,
al retornar de la árida jornada,
los dos brazos maternos como arcada
que os abre el camino de la paz!

¡Felices los que jóvenes o niños,
encuentran al final de cada día,
la fervorosa y cándida alegría
de la madre, cual rico galardón!
¡Feliz el que a su sombra se cobija
y cifra su esperanza y su ventura,
en conservar tan cálida ternura
como llama que enciende el corazón!





RUINAS HISTÓRICAS

Dos ruinas que son páginas de historia y que visité en la edad infantil, han quedado como fotografiadas en mi mente; tal la intensidad y precisión del recuerdo.

Las dos tenían una leyenda distinta; tan distinta como la personalidad que les dió carácter en la historia. La primera fué la célebre *crujía* de

Rosas, los “Santos Lugares” donde el Restaurador confinaba a los prisioneros de la mazorca.

Los negros calabozos derruídos, repugnantes como verdaderos antros; el fondo sombrío de las paredes; las desnudas vigas del techo de donde pendían largas telarañas pesadas de polvo, imponían pavor y angustia.

A pesar de los cortos alcances de mi edad, sentí viva repulsión por aquel edificio que tan bien simbolizaba la época en que adquiriera su triste celebridad, y no bien traspuse el umbral del primer calabozo cuyo pavimento estaba formado por tierra suelta y húmeda, — incubadora de reptiles y sabandijas, — retrocedí como si hubiera pisado el borde de una tumba.

Pasaron los años, y sobre este recuerdo se grabó uno nuevo. Estábamos en Yapeyú. Bosques de naranjos, sauzales opulentos, especies vegetales de soberbia magnificencia, se extendían desde la costa al interior. En medio de ellos, unas ruinas de lo que debió ser casa de ladrillos, recibían la veneración popular.

—He ahí, — me dijo mi padre, — lo que queda de la casa en que nació el General San Martín.

Muchos de los pasajeros que, como nosotros, habían desembarcado con el fin de efectuar aquella patriótica peregrinación, arrancaban un ladrillo de las ruinas para conservarlo como recuerdo; todos las contemplaban respetuosos, evocando, sin duda, la marcial figura del héroe en el paterno solar.

Dentro de su marco grandioso de bosques ceñidos por el Uruguay, bajo la luz radiante del sol subtropical y rodeadas de las flores maravillosas que

esmaltan el suelo de Corrientes, haciendo de él un jardín interminable, aquellas ruinas revelaban el secreto de la grandeza de alma y de la noble ecuanimidad espiritual del vencedor de Maipú.

El recuerdo de este lugar tan grande en la Historia y tan modesto en el seno de la magnífica tierra correntina, quedó en mi memoria para siempre, al lado de la tétrica imagen de los Santos Lugares del Restaurador. Páginas de nuestra historia, ambas ruinas representan dos épocas: la una, de libertad y nobles ideales; la otra, de sombras y de tiranía.



LA CURIOSIDAD INFANTIL

El señor Cristóbal, antiguo servidor de una casa de andaluces, tenía muy cerca de ochenta años, las piernas flojas y la cabeza no muy fuerte.

Aunque no estaba ya para muchos trajines, ni aun para pocos, los señores, agradecidos a los favores que toda la vida les prestó, lo conservaban a su lado de muy buena gana. Añádase a esto que Cristóbal era pintiparado para entretener a la gente menuda, que en la casa había dos niños, Perico y María; pardo y rosa, como dijo el poeta.

Una tarde, entre el niño y la niña agotaron, si no la paciencia, que era inagotable, la sabiduría del pobre viejo, que no lo era tanto.

—Cristóbal, ¿cuántas estrellas hay?

—Según... Unas noches hay más y otras noches menos.

—Y ¿por qué?

—¡Toma! Porque en las noches de luna las estrellas no salen todas.

—¿La luna no es una estrella, Cristóbal?

—No, la luna es... la luna.

—Y las estrellas, ¿dónde están sujetas?

—En el aire.

—¿Y no se pueden caer?

—No hay cuidado. Mira que viejo soy yo, y no he visto caer ninguna.

—Y el sol, ¿dónde está?

El señor Cristóbal, temeroso de meterse en un callejón sin salida, dió un silbido por respuesta.

—¿No lo sabes?

—¡No lo he de saber! (Claro está que no lo sabía).

—Oye, Cristóbal — interrumpió la niña a quien preocupaban en extremo las cosas profundas —. ¿Quién es más, el Papa o el Rey?

—El Papa.

—Pero Perico dice que es el Rey.

—¡Y es más el Rey! — saltaba Perico con aplomo que hacía dudar del oráculo.

—¡Sí, porque tú quieres! — replicaba éste, esquivando entrar en discusiones.

—Oye, Cristóbal: el tren, ¿cómo anda?

—¿El tren? ¿Tú no has visto el carbón que lleva adentro?

—Sí.

—¿Y el maquinista?

—También.

—¡Pues ahí lo tienes! ¡No hay más que fijarse en las cosas!

—Oye Cristóbal, ¿los fósforos son veneno?

—Oye Cristóbal, ¿los moros son malos?

—Oye Cristóbal, ¿por qué llueve?

—Oye Cristóbal, ¿quién puede más, un toro o un caballo?

—Oye Cristóbal...

—Oye Cristóbal...

Cristóbal concluyó por taparse los oídos. Cuando era más vivo el tiroteo acertó a pasar por allí la señora de la casa, y preguntó acariciándolos:

—¿Son malos, Cristóbal? Porque si lo son, desde

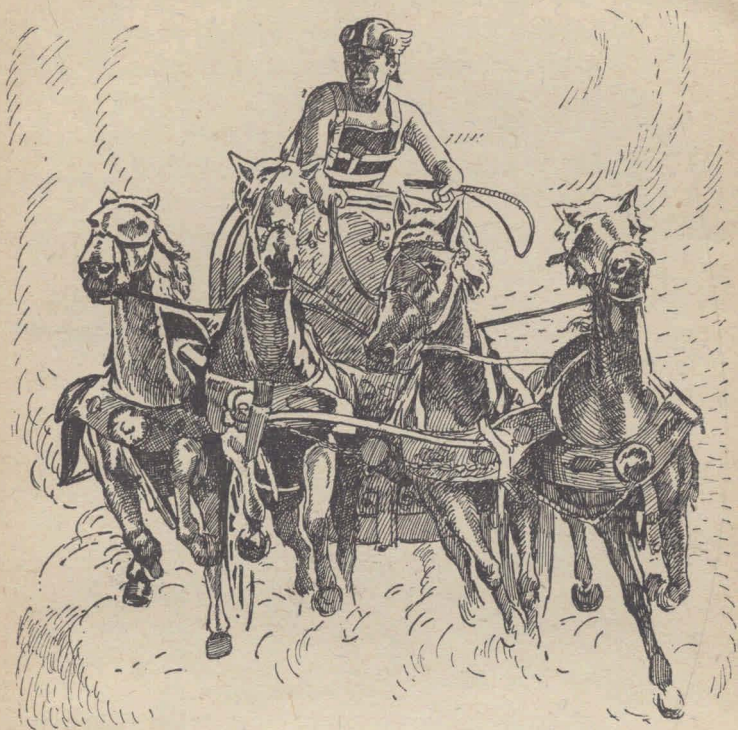
mañana van a la escuela de nuevo; ¡no hay vacaciones!

Y el señor Cristóbal suspirando y riendo a la vez, se atrevió a contestar:

—Señorita Carmen, el que va a la escuela desde mañana soy yo.

SERAFÍN Y JOAQUÍN ALVAREZ QUINTERO.





EL CARRO DE LA VICTORIA

Vuela el carro de bronce sobre la arena ardiente;
la cuadriga es el ala gigante de un dragón
y las riendas se anudan en el puño potente
como en la propia garra pujante de un león.

Vuela el carro de bronce... Suelta chispas la
[arena...]

Van los cuatro corceles como un solo corcel,
y de pie, manejando con firmeza serena
y los ojos en llamas, un apuesto doncel...

¡Llegarás, — ¿quién lo duda? — carro de la victoria!
¡Triunfador y jadeante llegará tu guiador
y ceñirá sus sienes el laurel de la gloria,
galardón del valiente y premio del mejor!

¡Haced del noble esfuerzo de vuestra vida inquieta
vuestro carro de bronce, jóvenes de esta Edad,
y la cuadriga ardiente que os lleve a la meta,
sea el empuje recio de vuestra voluntad!





INDICE

	Pág.
El primer día de clase.....	11
Cuadro familiar	13
Agua del cielo	15
La Patria.....	17
La máquina más maravillosa	18
Panoramas	20
En la Biblioteca Nacional	23
La bandera	25
Los pájaros	26
Un alto en el camino	29
Contemplación de una noche estrellada	32
El canario y el pavo real	34
Honradez	36
Las bellezas del Delta.....	38
La conciencia	40
25 de Mayo.....	42
Mariano Moreno	43
Hermoso corazón	44
El tero	47
El libro	49
Plantas y adornos del hogar	50
A orillas del mar	52
Deberes para consigo mismo	54
Dar	57
El algodón	58
Moles majestuosas	60
Responsabilidad	62
Flores y mariposas	65
El ñandú	67

	Pág.
Frente a un retrato	69
Una imprudencia grave	71
Independencia	74
Rivadavia	76
Los inventos modernos	78
Fragmentos de un discurso	81
A la naturaleza	83
Benditas manos	84
Broma peligrosa	86
Las maravillas del mar	88
El árbol	91
Maese Zapirón	94
Un saludo a los ausentes	95
«Yo trabajaré por tí»	97
En el Museo de Luján	99
El obraje	102
El lloradero	103
Consejo oportuno	106
Globos de colores	108
El viajero y la fuente	111
El caburé	113
El miedo	115
La patria lo reclama	116
Caridad	118
El trabajo en el jardín	120
La casa de las leyes	123
Sarmiento	125
Alegría de vivir	127
El petróleo	128
El Cerro de la Gloria	131
Templo de la justicia	133
El ahorro	135
Los héroes	136
Los neveros de los mares del sud	138
Proscripción y muerte de Bolívar	140
En el día del árbol	141
En el cerro «El Volcán»	142
Los nidos	144
Vida moderna	147
La siesta	150

	Pág.
Llamado de auxilio	152
El microscopio	154
Valor y nobleza	157
Los muertos por la Patria	160
Isabelita en las ruinas de Tiahuanacu	161
Los deportes	164
Los terremotos	167
En el día de la madre	169
Ruinas históricas	171
La curiosidad infantil	174
El carro de la victoria	177



CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION
DISTRIBUCION GRATUITA
PARA LOS MAESTROS

